IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

LA NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS

(QUINTA EDICION)

PARIS
BIBLIOTECA DE LA *EUROPA Y AMÉRICA*
71, RUE DE RENNES, 71

1891

HANDMAN
COLL.

DEDICATORIA

A FRANCISCO SOSA.

A V., mi querido amigo, á V. que hace justamente veinte años, en este mes de Diciembre, casi me secuestró, por espacio de tres dias, á fin de que escribiera esta novela, se la dediqué, cuando se publicó por primera vez en México.

Recuerdo bien que deseando V. que saliese algo mio en « *El Album* » de

Navidad que se imprimia, merced á los esfuerzos de V., en el folletin de « *La Iberia*, » periódico que dirijia nuestro inolvidable amigo Anselmo de la Portilla, me invitó para que escribiera un cuadro de costumbres mexicanas; prometí hacerlo, y fuerte con semejante promesa, se instaló V. en mi estudio, y conociendo por tradicion mi decantada pereza, no me dejó descansar, alejó á las visitas que pudieran haberme interrumpido; tomaba las hojas originales á medida que yo las escribia, para enviarlas á la Imprenta, y no me dejó respirar hasta que la novela se concluyó.

Esto poco mas ó menos decia yo á V. en mi dedicatoria que no tengo á la mano, y que V. mismo no há podido

conseguir, cuando se la hé pedido últimamente para reproducirla.

Hé tenido, pues, que escribirla de nuevo para la quinta edicion que vá á hacerse en Paris y para la sexta que se publicará en francés.

Reciba V. con afecto este pequeño libro, puesto que á V. debo el haberlo escrito.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Paris, Diciembre 26 de 1890.

LA NAVIDAD

EN LAS MONTAÑAS

I

El sol se ocultaba ya: las nieblas ascendian del profundo seno de los valles; detenianse un momento entre los oscuros bosques y las negras gargantas de la cordillera, como un rebaño gigantesco; despues avanzaban con rapidez hácia las cum-

bres; se desprendian magestuosas de las agudas copas de los abetos é iban por último á envolver la soberbia frente de las rocas, titánicos guardianes de la montaña que habian desafiado allí, durante millares de siglos, las tempestades del cielo y las agitaciones de la tierra.

Los últimos rayos del sol poniente franjaban de oro y de púrpura estos enormes turbantes formados por la niebla, parecian incendiar las nubes agrupadas en el horizonte, rielaban débiles en las aguas tranquilas del remoto lago, temblaban al retirarse de las llanuras invadidas ya por la sombra, y desaparecian despues de iluminar con su última caricia la oscura cresta de aquella oleada de pórfido.

Los postreros rumores del dia anunciaban por donde quiera la proximidad del silencio. A lo léjos, en los valles, en las faldas de las colinas, á las orillas de los

arroyos, veíanse reposando quietas y silenciosas las vacadas; los ciervos cruzaban como sombras entre los árboles, en busca de sus ocultas guaridas; las aves habian entonado ya sus himnos de la tarde, y descansaban en sus lechos de ramas; en las *rozas* se encendia la alegre hoguera de pino, y el viento glacial del invierno comenzaba á agitarse entre las hojas.

II

La noche se acercaba tranquila y hermosa: era el 24 de Diciembre, es decir, que pronto la noche de Navidad cubriria nuestro hemisferio con su sombra sagrada y animaria á los pueblos cristianos con sus alegrías íntimas. ¿Quién que ha nacido cristiano y que ha oído renovar cada año, en su infancia, la poética leyenda del Nacimiento de Jesus, no siente en semejante noche avivarse los más tiernos recuerdos de los primeros dias de la vida.

Yo ¡ay de mí! al pensar que me hallaba, en este dia solemne, en medio del silencio de aquellos bosques magestuosos, aun en

presencia del magnífico espectáculo que se presentaba á mi vista absorviendo mis sentidos, embargados poco há por la admiracion que causa la sublimidad de la naturaleza, no pude ménos que interrumpir mi dolorosa meditacion, y encerrándome en un religioso recogimiento, evoqué todas las dulces y tiernas memorias de mis años juveniles. Ellas se despertaron alegres como un enjambre de bulliciosas abejas y me trasportaron á otros tiempos, á otros lugares; ora al seno de mi familia humilde y piadosa, ora al centro de populosas ciudades, donde el amor, la amistad y el placer en delicioso concierto, habian hecho siempre grata para mi corazon esa noche bendita.

Recordaba mi pueblo, mi pueblo querido, cuyos alegres habitantes celebraban á porfia con bailes, cantos y modestos banquetes la Nochebuena. Parecíame ver

aquellas pobres casas adornadas con sus *Nacimientos* y animadas por la alegria de la familia: recordaba la pequeña iglesia iluminada, dejando ver desde el pórtico el precioso *Belen*, curiosamente levantado en el altar mayor: parecíame oir los armoniosos repiques que resonaban en el campanario, medio derruido, convocando á los fieles á la *misa de gallo*, y aun escuchaba con el corazon palpitante, la dulce voz de mi pobre y virtuoso padre, excitándonos á mis hermanos y á mí á arreglarnos pronto para dirigirnos á la iglesia, á fin de llegar á tiempo; y aun sentia la mano de mi buena y santa madre tomar la mia para conducirme al oficio. Despues me parecia llegar, penetrar por entre el gentío que se precipitaba en la humilde nave, avanzar hasta el pié del presbiterio, y allí arrodillarme, admirando la hermosura de las imágenes, el portal resplandeciente con la escarcha,

el semblante risueño de los *pastores*, el lujo deslumbrador de los *Reyes magos*, y la iluminacion espléndida del altar. Aspiraba con delicia el fresco y sabroso aroma de las ramas de pino, y del heno que se enredaba en ellas, que cubria el barandal del presbiterio y que ocultaba el pié de los blandones. Veía despues aparecer al sacerdote revestido con su alba bordada, con su casulla de brocado, y seguido de los acólitos, vestidos de rojo con sobrepellices blanquísimas. Y luego, á la voz del celebrante, que se elevaba sonora entre los devotos murmullos del concurso, cuando comenzaban á ascender las primeras columnas de incienso, de aquel incienso recogido en los hermosos árboles de mis bosques nativos, y que me traía con su perfume algo como el perfume de la infancia, resonaban todavía en mis oídos los alegrísimos sones populares con que los tañedores de arpas,

de bandolinas y de flautas, saludaban el nacimiento del Salvador. *El Gloria in excelsis*, ese cántico que la religion cristiana poéticamente supone entonado por ángeles y por niños, acompañado por alegres repiques, por el ruido de los petardos y por la fresca voz de los muchachos de coro, parecia trasportarme con una ilusion encantadora al lado de mi madre, que lloraba de emocion, de mis hermanitos que reían, y de mi padre, cuyo semblante severo y triste, parecia iluminado por la piedad religiosa.

III

Y despues de un momento en que consagraba mi alma al culto absoluto de mis recuerdos de niño, por una transicion lenta y penosa, me trasladaba á México, al lugar depositario de mis impresiones de jóven.

Aquel era un cuadro diverso. Ya no era la familia; estaba entre extraños; pero extraños que eran mis amigos, la bella jóven por quien sentí la vez primera palpitar mi corazon enamorado, la familia dulce y buena que procuró con su cariño atenuar la ausencia de la mia.

Eran las *posadas* con sus inocentes pla-

ceres y con su devocion mundana y bulliciosa; era la cena de Navidad con sus manjares tradicionales y con sus sabrosas golosinas; era México, en fin, con su gente cantadora y entusiasmada, que hormiguea esa noche en las calles *corriendo gallo*; con su Plaza de Armas llena de puestos de dulces; con sus portales resplandecientes; con sus dulcerias francesas, que muestran en los aparadores iluminados con gas, un mundo de juguetes y de confituras preciosas; eran los suntuosos palacios derramando por sus ventanas torrentes de luz y de armonía. Era una fiesta que aun me causaba vértigo.

IV

Pero volviendo de aquel encantado mundo de los recuerdos á la realidad que me rodeaba por todas partes, un sentimiento de tristeza se apoderó de mí.

¡Ay! habia repasado en mi mente aquellos hermosos cuadros de la infancia y de la juventud; pero ésta se alejaba de mí á pasos rápidos, y el tiempo que pasó al darme su poético adios hacia mas amarga mi situacion actual.

¿En dónde estaba yo? ¿que era entónces? ¿adonde iba? Y un suspiro de angustia respondia á cada una de estas preguntas que me hacia, soltando las riendas

á mi caballo, que continuaba su camino lentamente.

Me hallaba perdido entónces enmedio de aquel océano de montañas solitarias y salvajes; era yo un proscrito, una víctima de las pasiones políticas, é iba tal vez en pos de la muerte, que los partidarios en la guerra civil tan fácilmente decretan contra sus enemigos.

Ese dia cruzaba un sendero estrecho y escabroso, flanqueado por enormes abismos y por bosques colosales, cuya sombra interceptaba ya la débil luz crepuscular. Se me habia dicho que terminaria mi jornada en un pueblecillo de montañeses hospitalarios y pobres, que vivian del producto de la agricultura, y que disfrutaban de un bienestar relativo, merced á su alejamiento de los grandes centros populosos, y á la bondad de sus costumbres patriarcales.

Ya se me figuraba hallarme cerca del lugar tan deseado, despues de un dia de marcha fatigosa: el sendero iba haciéndose más praticable, y parecia descender suavemente al fondo de una de las gargantas de la sierra, que presentaba el aspecto de un valle risueño, á juzgar por los sitios que comenzaba á distinguir, por los riachuelos que atravesaba, por las cabañas de pastores y de vaqueros que se levantaban á cada paso al costado del camino, y en fin, por ese aspecto singular que todo viajero sabe apreciar aun al traves de las sombras de la noche.

Algo me anunciaba que pronto estaria dulcemente abrigado bajo el techo de una choza hospitalaria, calentando mis miembros ateridos por el aire de la montaña, al amor de una lumbre bienhechora, y agasajado por aquella gente ruda, pero sencilla y buena, á cuya virtud debia

yo desde hacia tiempo inolvidables servicios.

Mi criado, soldado viejo, y por lo tanto acostumbrado á las largas marchas y al fastidio de las soledades, habia procurado distraerse durante el dia, ora cazando al paso, ora cantando, y no pocas veces hablando á solas, como si hubiese evocado los fantasmas de sus camaradas del regimiento.

Entonces se habia adelantado á alguna distancia para explorar el terreno, y sobre todo, para abandonarme con toda libertad á mis tristes reflexiones.

Repentinamente lo ví volver á galope, como portador de una noticia extraordinaria.

— ¿Qué hay, Gonzalez? le pregunté.

— Nada, mi capitan, sino que habiendo visto á unas personas que iban á caballo delante de nosotros, me avancé á recono-

cerlas y á tomar informes, y me encontré con que eran el cura del pueblo adonde vamos, y su mozo, que vienen de una confesion y van al pueblo á celebrar la Nochebuena. Cuando les dije que mi capitan venia á retaguardia, el señor cura me mandó que viniera á ofrecerle de su parte el alojamiento, y allí hizo alto para esperarnos.

— ¿Y le diste las gracias?

— Es claro, mi capitan, y aun le dije que bien necesitábamos de todos sus auxilios, porque venimos cansados y no hemos encontrado en todo el dia un triste rancho donde comer y descansar.

— ¿Y qué tal? ¿parece buen sugeto el cura?

— Es español, mi capitan, y creo que es todo un hombre.

— ¡Español! me dije yo: eso sí me alarma; yo no he conocido clérigos españoles

mas que jesuitas ó carlistas, y todos malos. En fin, con no promover disputas políticas, me evitaré cualquier disgusto y pasaré una noche agradable. Vamos, Gonzalez, á reunirnos al cura.

Diciendo esto, puse mi caballo á galope, y un minuto despues llegamos adonde nos aguardaban el eclesiástico y su mozo.

Adelantóse el primero con exquisita finura, y quitándose su sombrero de paja me saludó cortesmente.

— Señor capitan, me dijo, en todo tiempo tengo el mayor placer en ofrecer mi humilde hospitalidad á los peregrinos que una rara casualidad suele traer á estas montañas; pero en esta noche, es doble mi regocijo, porque es una noche sagrada para los corazones cristianos, y en la cual el deber há de cumplirse con entusiasmo : es la Noche-buena, señor.

Dí las gracias al buen ssacerdote por su

afectuosidad, y acepté desde luego oferta tan lisonjera.

Tengo una casa cural muy modesta, añadió, como que es la casa de un cura de aldea, y de aldea pobrísima. Mis feligreses viven con el producto de un trabajo ímprobo y no siempre fecundo. Son labradores y ganaderos, y á veces su cosecha y sus ganados apenas les sirven para sustentarse. Así es que mantener á su pastor es una carga demasiado pesada para ellos; y aunque yo procuro aligerarla lo más que me es posible, no alcanzan á darme todo lo que quisieran, aunque por mi parte tengo todo lo que necesito y aun me sobra. Sin embargo, me es preciso anticipar á vd. esto, señor capitan, para que disimule mi escasez, que, con todo, no será tanta que no pueda yo ofrecer á vd. una buena lumbre, una blanda cama y una cena hoy muy apetitosa, gracias á la fiesta.

— Yo soy soldado, señor cura, y encontraré demasiado bueno cuanto usted me ofrezca, acostumbrado como estoy á la intemperie y á las privaciones. Ya sabe usted lo que es esta dura profesion de las armas y por eso omito un discurso que ya antes hizo Don Quijote en un estilo que me seria imposible imitar.

Sonrió el cura al escuchar aquella alusion al libro inmortal que siempre será caro á los españoles y á sus descendientes, y así en buen amor y compañía continuamos nuestro camino, platicando sabrosamente.

Cuando nuestra conversacion se habia hecho más confidencial, díjele que tendria gusto en saber, si no habia inconveniente en decírmelo, cómo habia venido á México, y por qué él, español y que parecia educado esmeradamente, se habia resignado á vivir en medio de aquellas soleda-

des, trabajando con tal rudeza y no teniendo por premio sino una situacion que rayaba en miseria.

Contestóme que con mucho placer satisfaria mi curiosidad, pues no habia nada en su vida que debiera ocultarse; y que por el contrario, justamente para deshacer en mi ánimo la prevencion desfavorable que pudiera haberme producido el saber que era español y cura, pues conocia bastantemente nuestras preocupaciones, á ese respecto, muy justas algunas veces, se alegraba de poder referirme en los primeros instantes de nuestro conocimiento algo de su vida, mientras llegábamos al pueblecillo, que ya estaba próximo.

V

— Vine al país de usted, me dijo, muy jóven y destinado al comercio, como muchos de mis compatriotas. Tenia yo un tio en México bastante acomodado, el cual me colocó en una tienda de ropas; pero notando algunos meses despues de mi llegada que aquella ocupacion me repugnaba sobre manera, y que me consagraba con más gusto á la lectura, sacrificando á esta inclinacion aun las horas de reposo, preguntóme un dia si no me sentia yo con más vocacion para los estudios. Le respondí, que en efecto la carrera de las letras me agradaba más; que desde pequeño soñaba yo

con ser sacerdote, y que si no hubiese tenido la desgracia de quedar huérfano de padre y madre en España, habria quizás logrado los medios de alcanzar allá la realizacion de mis deseos. Debo decir á vd. que soy oriundo de la provincia de Alava, una de las tres vascongadas, y mis padres fueron honradísimos labradores, que murieron teniendo yo muy pocos años, razon por la cual una tia á cuyo cargo quedé se apresuró á enviarme á México, donde sabia que mi susodicho tio habia reunido, merced á su trabajo, una regular fortuna. Este generoso tio escuchó con sensatez mi manifestacion, y se apresuró á colocarme con arreglo á mis inclinaciones. Entré en un colegio, donde, á sus expensas, hice mis primeros estudios con algun provecho. Despues, teniendo una alta idea de la vida monacal, que hasta allí solo conocia por los elogios interesados que de ella se hacian

y por la poética descripcion que veia en los libros religiosos, que eran mis predilectos, me puse á pensar sériamente en la eleccion que iba á hacer de la Orden regular en que debia consagrarme á las tareas apostólicas, sueño acariciado de mi juventud; y despues de un detenido exámen me decidí á entrar en la religion de los Carmelitas descalzos. Comuniqué mi proyecto á mi tio, quien lo aprobó y me ayudó á dar los pasos necesarios para arreglar mi aceptacion en la citada Orden. A los pocos meses era yo fraile; y previo el noviciado de rigor, profesé y recibí las órdenes sacerdotales, tomando el nombre de fray José de San Gregorio, nombre que hice estimar, señor capitan, de mis prelados y de mis hermanos todos, durante los años que permanecí en mi Orden, que fueron pocos.

Residí en varios conventos, y con gran placer recuerdo los hermosos dias de so-

ledad qne pasé en el pintoresco Desierto de Tenancingo, en donde solo me inquietaba la amarga pena de ver que perdia en el ócio una vida inútil, el vigor juvenil que siempre habia deseado consagrar á los trabajos de la propaganda evangélica.

Conocí entonces, como usted supondrá, lo que verdaderamente valian las órdenes religiosas en México; comprendí, con dolor, que habian acabado ya los bellos tiempos en que el convento era el plantel de heróicos misioneros que á riesgo de su vida se lanzaban á regiones remotas á llevar con la palabra cristiana la luz de la civilizacion, y en que el fraile era, no el sacerdote ocioso que veia trascurrir alegremente sus dias en las comodidades de una vida sedentaria y regalada, sino el apóstol laborioso que iba á la mision lejana á ceñirse la corona de las victorias evangelicas, reduciendo al cristianismo á los pueblos sal-

vajes, ó la del martirio, en cumplimiento de los preceptos de Jesus.

Varias veces rogué á mis superiores que me permitieran consagrarme á esta santa empresa, y en tantas obtuve contestaciones negativas y aun extrañamientos, porque se suponian opuestos á la regla de obediencia mis entusiastas propósitos. Cansado de inútiles súplicas, y aconsejado por piadosos amigos, acudí á Roma pidiendo mi exclaustracion, y al cabo de algun tiempo el Papa me la concedió en un Breve, que tendré el placer de enseñar á vd.

Por fin iba á realizar la constante idea de mi juventud; por fin iba á ser misionero y mártir de la civilizacion cristiana. Pero ¡ay! el Breve pontificio llegó en un tiempo en que atacado de una enfermedad que me impedia hacer largos viajes, solo me dejaba la esperanza de diferir mi empresa para cuando hubiese conseguido la salud.

Esto hace tres años. Los médicos opinaron que en este tiempo podia yo sin peligro inmediato consagrarme á las misiones lejanas, y entretanto, me aconsejaron que dedicándome á trabajos menos fatigosos, como los de la cura de almas en un pueblo pequeño y en un clima frio, procurase conjurar el riesgo de una muerte próxima.

Por eso mi nuevo prelado secular me envió á esta aldea, donde he procurado trabajar cuanto me ha sido posible, consolándome de no realizar aun mis proyectos, con la idea de que en estas montañas tambien soy misionero, pues sus habitantes vivian, antes de que yo viniese, en un estado muy semejante á la idolatría y á la barbarie. Yo soy aquí cura y maestro de escuela, y médico y consejero municipal. Dedicadas estas pobres gentes á la agricultura y á la ganadería, solo conocian los

principios que una rutina ignorante les habia trasmitido, y que no era bastante para sacarlos de la indigencia en que necesariamente debian vivir, porque el terreno por su clima es ingrato, y por su situacion léjos de los grandes mercados, no les produce lo que era de desear. Yo les he dado nuevas ideas, que se han puesto en práctica con gran provecho, y el pueblo va saliendo poco á poco de su antigua postracion. Las costumbres, ya de suyo inocentes, se han mejorado: hemos fundado escuelas, que no habia, para niños y para adultos: se ha introducido el cultivo de algunas artes mecánicas, y puedo asegurar á usted, que sin la guerra que ha asolado toda la comarca, y que aun la amenaza por algun tiempo, si el cielo no se apiada de nosotros, mi humilde pueblecito llegará á disfrutar de un bienestar que ántes se creia imposible.

En cuanto á mí, señor, vivo feliz, cuanto puede serlo un hombre, en medio de gentes que me aman como á un hermano; me creo muy recompensado de mis pobres trabajos con su cariño, y tengo la conciencia de no serles gravoso, porque vivo de mi trabajo, no como cura, sino como cultivador y artesano; tengo poquísimas necesidades y Dios provée á ellas con lo que me producen mis afanes. Sin embargo, seria ingrato si no reconociese el favor que me hacen mis feligreses en auxiliar mi pobreza con donativos de semillas y de otros efectos que, sin embargo, procuro que ni sean frecuentes ni costosos, para no causarles con ellos un gravámen que justamente he querido evitar, suprimiendo las obvenciones parroquiales, usadas generalmente.

— ¿De manera, señor cura, le pregunté, que usted no recibe dinero por

bautizos, casamientos, misas y entierros?

— No, señor, no recibo nada, como va usted á saberlo de boca de los mismos habitantes. Yo tengo mis ideas, que ciertamente no son las generales; pero que practico religiosamente. Yo tengo para mí que hay algo de simonía en estas exigencias pecuniarias, y si conozco que un sacerdote que se consagra á la cura de almas, debe vivir de algo, considero tambien que puede vivir sin exigir nada, y contentándose con esperar que la generosidad de los fieles venga en auxilio de sus necesidades. Así creo que lo quiso Jesucristo, y así vivió él; ¿por qué, pues, sus apóstoles no habian de contentarse con imitar á su Maestro, dándose por muy felices de poder decir que son tan ricos como él?

Y no pude contenerme al oir esto; y deteniéndo mi caballo, quitándome el sombrero, y no ocultándo mi emocion, que

llegaba hasta las lágrimas, alargué una mano al buen cura, y le dije:

—Venga esa mano, señor, usted no es un fraile, sino un apóstol de Jesus.... Me ha ensanchado usted el corazon; me ha hecho usted llorar. No creia yo que existiera un solo sacerdote así en México; jamás he oido hablar á un hombre de sotana ó de hábito, como usted acaba de hacerlo. Señor, le diré á usted francamente y con mi rudeza militar y republicana, yo he detestado desde mi juventud á los frailes y á los clérigos; les he hecho la guerra; la estoy haciendo todavia en favor de la Reforma, porque he creido que eran una peste; pero si todos ellos, fuesen como usted, señor, ¿quién seria el insensato que se atreviese, no digo á esgrimir su espada contra ellos, pero ni aun á dejar de adorarlos? ¡Oh, señor! yo soy lo que el clero llama un herege, un impío, un sansculote; pero yo

aquí digo á usted, en presencia de Dios, que respeto las verdaderas virtudes cristianas, como jamás las ha respetado fanático ó sayon reaccionario alguno. Así, venero la religion de Jesucristo, como usted la practica, es decir, como él la enseñó, y no como la practican en todas partes. ¡ Bendita Navidad esta que me reservaba la mayor dicha de mi vida, y es el haber encontrado á un discípulo del sublime Misionero, cuya venida al mundo se celebra hoy! Y ¡ yo venia triste, recordando las Navidades pasadas en mi infancia y en mi juventud, y sintiéndome desgraciado por verme en estas montañas sólo con mis recuerdos! ¿ Qué valen aquellas fiestas de mi niñez, solo gratas por la alegria tradicional y por la presencia de la familia? ¿ Qué valen los profanos regocijos de la gran ciudad, que no dejan en el espíritu sino una pasajera impresion de placer? ¿ Qué vale todo eso

en comparacion de la inmensa dicha de encontrar la virtud cristiana, la buena, la santa, la modesta, la práctica, la fecunda en beneficios? Señor cura, permítame usted apearme y darle un abrazo y protestarle que amo el cristianismo cuando lo encuentro tan puro como en los primeros y hermosos dias del Evangelio.

El cura se bajó tambien de su pobre caballejo, y me abrazó llorando y sorprendido de mi arranque de sincera franqueza. No podia hablar por su emocion, y apenas pudo murmurar, al estrecharme contra su pecho:

— Pero, señor capitan..... yo no merezco..... yo creo que cumplo..... esto es muy natural; yo no soy nada..... ¡qué he de ser yo! ¡Jesucristo! ¡Dios! ¡el pueblo!

VI

Despues de este abrazo volvimos á montar á caballo, y continuamos nuestro camino en silencio, porque la emocion nos embargaba la voz.

La oscuridad se habia hecho mas densa; pero yo veia en el cura, cuyo semblante aun no conocia, algo luminoso; tan cierto es que la simpatia y la admiracion se complacen en revestir á la persona simpática y admirada con los atractivos de la Divinidad.

Iba yo repasando en mi memoria los hermosos tipos ideales del buen sacerdote

moderno, que conocia solo en las leyendas, y á los cuales se parecia mi compañero de camino, y no recordaba mas que á dos con los cuales tuviera una extraña semejanza. El uno era el virtuoso *Vicario de Aldea*, de Enrique Zschokke, cuyo diario habia leido siempre con lágrimas, porque el ilustre escritor suizo ha sabido depositar en él raudales de inmensa ternura y de dulcísima resignacion.

El otro era el *P. Gabriel*, de Eugenio Süe, que este fecundo novelista ha sabido hacer popular en el mundo entero con su famoso *Judio Errante*. En aquella época aun no habia publicado Victor Hugo sus *Miserables*, y por consiguiente no habia yo admirado la hermosa personificacion de Monseñor Myriel, que tantas lágrimas de cariño ha hecho derramar despues. Verdad es que conocia la historia de varios célebres misioneros cuyas virtudes honraban al

cristianismo; pero siempre encontraba en su carácter un lunar que me hacia perder en parte mi entusiasta veneracion hácia ellos. Solo habia podido, pues, admirar en toda su plenitud á los personajes ideales que he mencionado. Así es que el haber encontrado en medio de aquellas montañas al hombre que realizaba el sueño de los poetas cristianos y al verdadero imitador de Jesus, me parecia una agradabilísima pero fugaz, ilusion, hija de mi imaginacion solitaria y entristecida por los recuerdos. Y sin embargo, no era así; el sacerdote existia, me habia hablado, caminaba junto á mí, y pronto iba á confirmar con mis propias observaciones la idea que acababa de darme de su carácter asombroso, en pocas palabras dichas con una sencillez y una sinceridad tanto más incuestionables, cuanto que ningun interes podia tener en aparecer de tal modo á los ojos de un viajero

pobre, militar subalterno é insignificante. Cansado estaba yo, al contrario de encontrarme por ahí en los diversos pueblos que habia recorrido con las tropas ó solo, con párrocos alegres y vividores, de esos que se llaman á sí mismos *campechanos*, que habian creido halagarme, en mi calidad de soldado y de hombre de mundo, haciéndome participar de las dulzuras y placeres de una vida profana, alegre y libertina. Nada, pues, tenia de comun el carácter de este buen sacerdote con los que yo habia conocido por donde quiera. Todas estas razones produjeron en mi ánimo la estupefaccion que es de suponerse y que me hacia caminar al lado del cura con una alegria mezclada de incredulidad: si álguien hubiese venido á contarme que existia en un rincon de la República, á la sazon agitada por las pasiones del clero, un sacerdote como el que yo me habia encontra-

do, francamente, lo habría creido con suma dificultad[1].

1. El carácter cuyo bosquejo he diseñado en este artículo, es rigurosamente histórico, y lo declaro aquí para que no se me acuse de haber querido crear á mi vez un personaje fantástico, semejante en algo á los que menciono arriba y que son tan conocidos en el mundo civilizado. El virtuosísimo sacerdote, cuyo nombre en la religion del Cármen fué el mismo que yo he escrito, y que dejó en el seno de aquella religion, hoy extinguida, los más santos recuerdos, volvió á tomar, al secularizarse, su nombre de familia que creo conveniente no revelar por hoy, hasta que publique yo un estudio biográfico que tengo escrito hace algunos años. El digno cura ha muerto hace tiempo; pero su memoria vive venerada cada dia más en el corazon de los que supieron apreciar sus rarísimas virtudes.

VII

De repente, y al desembocar de un pequeño cañon que formaban dos colinas, el pueblecillo se apareció á nuestra vista, como una faja de rojas estrellas en medio de la oscuridad, y el viento de invierno pareció suavizarse para traernos en sus alas el vago aroma de los huertos, el rumor de las gentes y el simpático ladrido de los perros, ladrido que siempre escucha el caminante durante la noche con intensa alegría.

— Ahí tiene vd. mi pueblo, señor capitan, me dijo el cura.

— Me parece muy pintoresco, le con-

testé, á juzgar por la posicion de las luces, y por el aire balsámico que nos llega y que revela que allí hay pequeños jardines.

— Sí, señor; los hay muy bonitos. Como el clima es muy frío y el terreno bastante ingrato, los habitantes se limitaban, ántes de que yo llegara aquí, á cultivar algunos pobres árboles que no les servian mas que para darles sombra: unas cuantas y tristes flores nacian enfermizas en los cercados, y en vano se hubiera buscado en las casas la mas comun hortaliza para una ensalada ó para un puchero. Los alimentos se reducian á tortillas de maíz, frijol, carne y queso; lo bastante para no morirse de hambre, y aun para vivir con salud; pero no para hacer más agradable la vida con algunas comodidades tan útiles como inocentes.

Yo les insinué algunas mejoras en el

cultivo; hice traer semillas y plantas propias para el clima, y como los vecinos son laboriosísimos, ellos hicieron lo demas. Jamas un hombre fué mejor comprendido que lo fuí yo; y era de verse, el primer año, cómo hombres, mujeres, ancianos y niños, á porfia, cambiaban el aspecto de sus casas, ensanchaban sus corrales, plantaban árboles en sus huertos, y aprovechaban hasta los mas humildes rincones de tierra vegetal para sembrar allí las mas hermosas flores y las mas raras hortalizas.

Un año despues, el pueblecito, ántes árido y triste, presentaba un aspecto risueño. Hubiérase dicho que se tenia á la vista una de esas alegres aldeas de la Saboya ó de mis queridos Pirineos, con sus cabañas de paja ó con sus techos rojos de teja, sus ventanas azules y sus paredes adornadas con cortinas de trepadoras, sus

patios llenos de árboles frutales, sus callecitas sinuosas, pero aseadas, sus granjas, sus queseras y su gracioso molino. Su iglesita pobre y linda, si bien está escasa de adornos de piedra y de altivos pórticos, tiene en cambio en su pequeño atrio, esbeltos y coposos árboles; las mas bellas parietarias enguirnaldan su humilde campanario con sus flores azules y blancas; su techo de paja presenta con su color oscuro, salpicado por el musgo, una vista agradable; la cerca del atrio es un rústico enverjado formado por los vecinos con troncos de encina, en los que se ostentan familias enteras de orquideas, que hubieran regocijado al buen baron de Humboldt y al modesto y sabio Bompland; y el suelo ostenta una rica alfombra de caléndulas silvestres, que fueron á buscarse entre las mas preciosas de la montaña. En fin, señor, la vegetacion, esa incomparable arquitectura de Dios, se

ha encargado de embellecer esa casa de oracion, en la que el alma debe encontrar por todas partes motivos de agradecimiento y de admiracion hácia el Creador.

De este modo, el trabajo lo ha cambiado todo en el pueblo; y sin la guerra, que ha hecho sentir hasta estos desiertos su devastadora influencia, ya mis pobres feligreses, menos escasos de recursos, habrian mejorado completamente de situacion; sus cosechas les habrian producido mas, sus ganados, notablemente superiores á los demas del rumbo, habrian tenido más valor en los mercados, y la recompensa habria hecho nacer el estímulo en toda la comarca, todavía demasiado pobre.

Pero ¿qué quiere vd? Los trigos que comienzan á cultivarse en nuestro pequeño valle, necesitan un mercado próximo para progresar, pues hasta ahora la cosecha que

se ha levantado, solo ha servido para el alimento de los vecinos.

Yo estoy contento, sin embargo, con este progreso, y la primera vez que comí un pan de trigo y maíz, como en mi tierra natal, lloré de placer, no solo porque eso me traia á la memoria los tiernos recuerdos de la patria, sino porque comprendí que con este pan, más sano que la tortilla, la condicion física de estos pueblos iba á mejorar tambien: ¿no opina usted lo mismo?

— Seguramente: yo creo, como todo el que tiene buen sentido, que la buena y sana alimentacion es ya un elemento de progreso.

— Pues bien, continuó el cura; yo, con el objeto de establecer aquí esa importantísima mejora, he procurado que hubiese un pequeño molino, suficiente, por lo pronto, para las necesidades del pueblo.

Uno de los vecinos más acomodados tomó por su cuenta realizar mi idea. El molino se hizo, y mis feligreses comen hoy pan de trigo y de maíz. De esta manera he logrado abolir para siempre esa horrible tortura que se imponian las pobres mujeres, moliendo el maíz en la piedra que se llama *metate;* tortura que las fatiga durante la mayor parte del dia, robándoles muchas horas que podian consagrar á otros trabajos, y ocasionándoles muchas veces enfermedades dolorosas, aparte de la incomodidad que sufren cuando se hallan en cinta ó criando á sus niños.

Al principio he encontrado resistencias, provenidas de la costumbre inveterada, y aun del amor propio de las mujeres, que no querian aparecer como perezosas, pues aquí, como en todo los pueblos pobres de México, y particularmente los indígenas, una de las grandes recomendaciones de

una doncella que va á casarse, es la de que *sepa moler*, y esta será tanto mayor, cuanta mayor sea la cantidad de maíz que la infeliz reduzca á tortillas. Así se dice: *Fulana es muy mujercita, pues muele un almud ó dos almudes, sin levantarse.* Ya usted supondrá que las pobres jóvenes, por obtener semejante elogio, se esfuerzan en tamaña tarea, que llevan á cabo sin duda alguna, merced al vigor de su edad, pero que no hay organizacion que resista á semejante trabajo, y sobre todo, á la penosa posicion en que se ejecuta. La cabeza, el pulmon, el estómago, se resienten de esa inclinacion constante de la *molendera*, el cuerpo se deforma y hay otras mil consecuencias que el menos perspicaz conoce. Así es que mi molino ha sido el redentor de estas infelices vecinas, y ellas lo bendicen cada dia, al verse hoy libres de su antiguo sacrificio, cuyos funestos re-

sultados comprenden hasta ahora, al observar el estado de su salud, y al aprovechar el tiempo en otros trabajos.

Como el cultivo del trigo, se ha introducido el de otros cereales no menos útiles y con igual prontitud. He traido tambien *pacholes* de algunas *leguminosas* que he encontrado en la montaña, y con las cuales la benéfica naturaleza nos habia favorecido, sin que estos habitantes hubiesen pensado en aprovecharlas.

En cuanto á árboles frutales, ya los verá vd. mañana. Tenemos manzanas, perales, cerezos, albaricoqueros, castaños, nogales y almendros, y eso en casi todas las casas: algunos vecinos han plantado pequeños viñedos, y yo estoy ensayando ahora una plantacion de moreras y de madroños, para saber si podrá establecerse el cultivo de los gusanos de seda. En fin, se ha hecho lo posible; y no contento yo con realizar

mis propias ideas, pregunto á las personas sensatas, y escucho sus opiniones con gusto y respeto. Usted se servirá darme la suya despues de visitar mi pueblo.

— Con mucho gusto, señor, á pesar de mi ignorancia suma. Mi buen sentido y mi experiencia por mis viajes son lo único que puede permitirme hacer á usted algunas indicaciones. ¿Y en cuanto á ganados?

— Estos montañeses los poseian en pequeña cantidad, y en su mayor parte vacuno. Ahora se consagran con más empeño al ganado menor. Se han traido algunos merinos; se han propagado fácilmente, y ya existen rebaños bastante numerosos, que se aumentan cada dia en razon de que no se consumen para el alimento diario.

— ¿No gusta aquí esa carne?

— Poco: diré á vd. francamente, soy

yo quien no gusta de comer carne; y como mis pobres feligreses se han acostumbrado por simpatía á amoldarse á mis gustos, ellos tambien van quitándose la costumbre, sin que por eso les diga yo sobre ello una sola palabra. Por eso verá usted tambien en el pueblo, relativamente, pocas aves de corral. Pongo yo poco empeño en la propagacion de esas desgraciadas victimas del apetito humano. En general, yo prefiero la agricultura, y solo cuido con esmero á los animales que ayudan al hombre en los rudos y santos trabajos del campo. Así, los bueyes que hay en el pueblo son quizás los más robustos y los mejores del rumbo, porque son tambien los mejor cuidados. Los mulos y los caballos son ligeros y robustos, como conviene á un país montañoso; aunque á decir verdad, hay más de los primeros que de los segundos, porque sirven aquellos para cargar las

mieses que se conducen por nuestros escabrosos caminos; pero estos no son útiles mas que para algunos enfermos como yo, ó para las mujeres, pues los habitantes prefieren andar á pié, en lo cual hacen muy bien.

— Señor cura, le dije, estoy muy contento de oir á vd., y me parece admirable la rapidez con que vd. ha cambiado la faz de estos pobres lugares.

— La religion, señor capitan, la religion me ha servido de mucho para hacer todo esto. Sin mi carácter religioso quizás no habria yo sido escuchado ni comprendido. Verdad es que yo no he propuesto todas esas reformas en nombre de Dios, ni fingiéndome inspirado por él: mi dignidad se opone á esta superchería; pero evidentemente mi carácter de sacerdote y de cura, daba una autoridad á mis palabras, que los montañeses no habrian encontrado en la boca de una persona de otra clase.

Ademas, ellos han tenido ocasion todos los dias de conocer la sinceridad de mis consejos, y esto me ha servido muchísimo para lograr mi principal objeto, que es el de formar su carácter moral; porque yo no pierdo de vista que soy, ante todo, el misionero evangélico. Solo que yo comprendo así mi cristiana mision: Debo procurar el bien de mis semejantes por todos los medios honrados; á ese fin debo invocar la religion de Jesus como causa, para tener la civilizacion y la virtud como resultado preciso: el Evangelio no solo es la Buena-Nueva bajo el sentido de la conciencia religiosa y moral, sino tambien desde el punto de vista del bienestar social. La bella y santa idea de la Fraternidad humana en todas sus aplicaciones, debe encontrar en el misionero evangélico su más entusiasta propagandista; y así es como este apóstol logrará llevar á los altares de un Dios de paz á

un pueblo dócil, regenerado por el trabajo y por la virtud, al campo y al taller, á un pueblo inspirado por la idea religiosa que le ha impuesto, como una ley santa, la ley del trabajo y de la hermandad.

— Señor cura, volví á decir entusiasmado, ¡usted es un demócrata verdadero!

El cura me miró sonriendo á la luz de la primera fogata que los alegres vecinos habian encendido á la entrada del pueblo y que atizaban á la sazon tres chicuelos.

— Demócrata ó discípulo de Jesus, ¿no es acaso la misma cosa?..... me contestó.

— ¡Oh! tiene usted razon, tiene usted razon; pero no es así como se piensa allá en otras partes. ¡Dios mio! ¡qué bendita Navidad esta que me ha hecho encontrar lo que me habia parecido un sueño de mi juventud entusiasta!

VIII

Pero los chicos, luego que vieron al cura, vinieron á saludarlo alegremente, y luego corrieron al centro del pueblecillo gritando:

— ¡El hermano cura! ¡el hermano cura!

— ¡El hermano cura! repetí yo con extrañeza; ¡qué raro! ¿Es así como llaman aquí á su párroco?

— No, señor, me respondió el sacerdote, antes le llamaban aquí, como en todas partes, el *señor cura;* pero á mí me desagrada esa fórmula, demasiado altisonante, y he rogado á todos que me llamen

el *hermano cura:* esto me da mayor placer.

— Es usted completo. ¡Y yo que he venido llamando á usted el señor cura!

— Pues bien: está vd. perdonado, con tal de que siga llamándome su amigo nada más.

Yo apreté la mano de aquel hombre honrado y humilde, y me aparté un poco para dejar á la gente que habia acudido á su encuentro, saludarlo á todo su sabor. De paso noté que esta gente no mostraba en su respeto hácia el cura esa bajeza servil, que una costumbre idólatra ha establecido en casi todos los pueblos. Los ancianos le abrazaban (pues se habia bajado del caballo) con ternura paternal, y él era quien los saludaba con veneracion; los hombres le hablaban como á un hermano, y los chicos como á un maestro. En todos se notaba una afectuosa y sincera familiaridad.

Al llegar á su casita, que estaba, como es costumbre, junto á la pequeña iglesia parroquial, y en lo que podia llamarse plaza el cura, enseñándome una bella casa grande, la más bella quizás del pueblo, me dijo:

— ¡Ahí tiene vd. nuestra escuela!

Y como yo me mostrara un poco admirado de verla tan bonita y aseada, revelando luego que era el edificio predilecto de los vecinos, observé en éstos, al felicitarlos, un sentimiento de justísimo orgullo. El más viejo de los que estaban cerca, me dijo:

— Señor, es *él* quien merece la enhorabuena; por *él* la tenemos, y por *él* saben leer nuestros hijos. Cuando nosotros la levantamos, aconsejados por él, y la concluimos, al verla tan nueva y tan linda, le propusimos que se fuera á vivir en ella, porque le debemos muchos beneficios, y

que nos dejara el curato para la escuela, pero se enfadó con nosotros y nos preguntó que si él valia acaso más que los niños del pueblo, y que si necesitaba ocupar tantas piezas él solo. Nos avergonzamos y conocimos nuestro disparate. Es muy bueno el hermano cura, ¿ no le parece á usted?

Yo fuí á abrazar al cura en silencio y más conmovido que nunca.

Entramos por fin en la casa del curato, que era pequeña y modesta; pero muy aseada y embellecida con un jardincillo, provista de una cuadra y de un corral. La gente se detuvo en la puerta. Dentro aguardaban al cura, el alcalde con algunos ancianos y algunas mujeres de edad. El cura se quitó el sombrero delante del alcalde, dando así un ejemplo del constante respeto que debe tenerse á la autoridad, emanada del pueblo; saludó cariñosamente á las viejas vecinas, y entró conmigo y los hom-

bres á su saloncito, que no era más grande que un cuarto comun. Pero antes de entrar, una de las viejas, robusta y venerable vecina, que revelaba en su semblante bondadoso una gran pena, detuvo al cura, y le preguntó en voz baja:

— Hermano cura, ¿lo ha visto vd. por fin? ¿Está más aliviado? ¿vendrá esta noche?

— ¡Ah! sí, Gertrúdis, respondió el cura; se me olvidaba..... lo ví, hablé con él, está triste, muy triste; pero vendrá, me lo ha prometido.

— Pues voy á avisárselo á Cármen para que se alegre, replicó la anciana..... ¡si viera vd. cómo ha llorado, hermano cura, temiendo que no viniera! ¡Pobre muchacha!

— Que no tenga cuidado, Gertrúdis, que no tenga cuidado.

— Aquí hay algo de amor, amigo mio, me atreví á decir al cura.

— Sí, me dijo éste con aire tranquilo: ya lo sabrá vd. esta noche: es una pequeña novela de aldea, un idilio inocente como una flor de la montaña; pero en el que se mezcla el sufrimiento que está atormentando dos corazones. Usted me ayudará á llevar á buen término el desenlace de esa historia esta misma noche.

— ¡Oh! con mucho gusto: nada podria halagar tanto mi corazon; tambien yo he amado y he sufrido, dije acordándome súbitamente de lo que habia olvidado durante tantas horas, merced á los recuerdos de Navidad y á la conversacion del cura. ¡Yo tambien llevo en el alma un mundo de recuerdos y de penas! ¡Yo tambien he amado! repetí.

— Es natural..... dijo tambien suspirando el cura, é inclinando con melancolía

su frente pensadora, surcada por arrugas precoces.

Aquello me puso silencioso, y así tomé asiento junto á un buen fuego que ardia en la humilde chimenea del saloncito.

IX

Hasta entonces pude examinar completamente la persona del cura. Parecia tener como treinta y seis años; pero quizás sus enfermedades, sus fatigas y sus penas eran causa de que en su semblante, franco y notable por su belleza varonil, se advirtiese un no sé qué de triste, que no alcanzaban á disipar ni la dulzura de su sonrisa, ni la tranquilidad de su acento, hecho para conmover y para convencer.

Quizás yo me engaño en esto, y mi preocupacion haya sido la que puso para mis ojos, en la frente y en la mirada del cura,

esa nube de melancolía de que acabo de hablar.

Es que yo no puedo figurarme jamas á un pensador, sin suponerlo desgraciado en el fondo. Para mí el talento elevado, siempre es presa de dolores íntimos, por más que ellos se oculten en los recónditos pliegues de un carácter sereno. La energia moral, por victoriosa que salga de sus luchas con los obstáculos de la suerte y con las pasiones de los hombres, siempre queda herida de esa enfermedad incurable que se llama la tristeza; enfermedad que no siempre conocemos, porque no nos es dado contemplar á veces á los grandes caractéres en sus momentos de soledad, cuando dejan descubierta el alma en la sombra del misterio.

El cura era indudablemente uno de esos personajes raros en el mundo, y por eso yo no lo creia feliz. Hubiera sido imposible

para mí, despues de haberlo escuchado, considerarlo como una de esas medianías que encuentran motivos de dicha en todas partes.

Continuando mi exámen, ví que era robusto, más bien por el ejercicio que por la alimentacion. Sus miembros eran musculosos, y su cuerpo, en general, conservaba la ligereza de la juventud. Sobre todo, lo que llamaba mi atencion de una manera particular, era su frente elevada y pensativa, como la frente de un profeta, y que aun estaba coronada por espesos cabellos de un rubio pálido: era la mirada tranquila y dulce de sus ojos azules, que parecian estar contemplando siempre el mundo de lo ideal: era su nariz, ligeramente aguileña, y que revelaba una gran firmeza de carácter. Todo este conjunto de facciones acentuadas y de un aspecto extraordinario, estaba corregido por una frecuente

sonrisa, que apareciendo en unos labios bermejos y ligeramente sombreados por la barba, y de unos dientes blanquísimos, daba al semblante de aquel hombre un aire profundamente simpático, pero netamente humano.

Su traje era modestísimo, casi pobre, y se limitaba á chaqueta, chaleco y pantalon negros, de paño ordinario, sobre todo lo cual vestia, quizás á causa de la estacion, un sobretodo de paño más grueso y del mismo color.

Cuando acabó de hablar con el alcalde, se levantó, y haciéndome una seña me presentó á aquel honrado personaje, á quien no solamente saludé, sino que, en cumplimiento de mis deberes militares, me presenté oficialmente; habiéndome excusado él con suma bondad de la fórmula de presentacion en la casa municipal esa noche, aunque ofrecí po-

ner en sus manos mi pasaporte al dia siguiente.

Despues, el cura me presentó á un sugeto que habia estado hablando con él, juntamente con el alcalde, y cuya inteligente fisonomía me habia llamado ya la atencion.

— El señor, me dijo el cura, es el preceptor del pueblo, de quien yo soy ayudante; pero todavía más, amigo intimo, hermano.

— Es mi maestro, señor capitan, se apresuró á añadir el preceptor. Yo le debo lo poco que sé; y le debo más, la vida.

— Chist..... replicó el cura; usted es bueno y exagera los oficios de mi amistad. Pero usted está fatigado, capitan, y preciso será tomar un refrigerio, sea que quiera vd. dormir, ó bien acompañarnos en la cena de Navidad. Yo no lo acompa-

ñaré á usted, porque tengo que decir la *misa de gallo;* ya sabe usted, costumbres viejas, y que no encuentro inconveniente en conservar, puesto que no son dañosas. Aquí no hay desórdenes á propósito de la gran fiesta cristiana y de la misa. Nos alegramos como verdaderos cristianos.

Guióme entonces el cura á un pequeño comedor, en el que tambien ardia un agradable fuego, y allí nos acompañó al preceptor y á mí mientras que tomábamos una merienda frugal, pues no quise privarme del placer de hacer los honores á la tradicional cena de Navidad.

Despues, dejándome reposar un rato, salió con el preceptor á preparar en la iglesia todo lo necesario para el oficio.

Cuando volvió, me invitó á dar una vuelta por la placita, en que se habia reunido alguna gente en derredor de los tocadores

de arpa, y el amor de las hermosas hogueras de pino que se habian encendido de trecho en trecho.

La plazoleta presentaba un aspecto de animacion y de alegria que producian una impresion grata. Los arpistas tocaban sonatas populares y los mancebos bailaban con las muchachas del pueblo. Las vendedoras de buñuelos y de bollos con miel y castañas confitadas, atraian á los compradores con sus gritos frecuentes, miéntras que los muchachos de la escuela formaban grandes corros para cantar villancicos, acompañándose de panderetas y pitos, delante de los pastores de las cercanías y demas montañeses que habian acudido al pueblo para pasar la fiesta.

Nos acercamos al más grande de estos corros, y á la luz de la hoguera pude ver rostros y pesonajes verdaderamente dignos de Belen, y que me recordaron el hermoso

cuadro del *Nacimiento de Jesus*, de nuestro Cabrera, que decora la sacristía de Tasco. En efecto, esas cabezas rudas, morenas y enérgicamente acentuadas, con sus flotantes cabelleras grises y sus largas barbas; esas sonrisas bonachonas y esos brazos nervudos apoyándose en el cayado, parecen ser el modelo que sirvió á nuestro famoso pintor para su *Adoracion de los Pastores*. Y junto á ellos, y haciendo contraste, las muchachas del pueblo con su fisonomía dulce, sus mejillas sonrosadas y su traje pintoresco; y los niños con su semblante alegre, sus carrillos hinchados para tocar los pitos, ó sus bracitos agitados tocando los panderos : todo aquello me pareció un sueño de Navidad.

El cura notó mi curiosidad y me dijo :

— Esos hombres son en efecto pastores de las cercanías, y pastores verdaderos, como los que aparecen en los idilios de

Teócrito y en las Eglogas de Virgilio y de Garcilaso. Hacen una vida enteramente bucólica, y no vienen á poblado sino en las grandes fiestas, como la presente. A pocas leguas de aquí están apacentándose hoy sus numerosos rebaños, en los terrenos que les arriendan los pueblos cercanos. Estos rebaños se llaman *haciendas flotantes*; pertenecen á ricos propietarios de las ciudades, y muchas veces á un rico pastor que en persona viene á cuidar su ganado. Estos hombres son dependientes de esas haciendas y viven comunmente en las majadas que establecen en las gargantas de la sierra. Hoy han venido en mayor número, porque, como vd. supondrá, la Nochebuena es su fiesta de familia. Ellos traen tambien sus arpas de una cuerda, sus zampoñas y sus tamboriles, y cantan con buena y robusta voz sus villancicos en la iglesia, aquí en la plaza y en la cena que es

costumbre que dé el alcalde en su casa esta noche: justamente van á cantar, oígalos usted.

En efecto, los pastores se ponian de acuerdo con los muchachos para cantar sus villancicos, y preludiaban en sus instrumentos. Uno de los chicuelos cantaba un verso, y despues los pastores y los demas muchachos lo repetian acompañados de la zampoña, de la guitarra montañesa y de los panderos.

Hé aquí los que recuerdo, y que son conocidísimos y se han trasmitido de padres á hijos durante cien generaciones:

Pastores, venid, venid,
Veréis lo que no habeis visto,
En el portal de Belen,
El nacimiento de Cristo.

Los pastores daban saltos
Y bailaban de contento,
Al par que los angelitos
Tocaban los instrumentos.

Los pastores y zagalas
Caminan hácia el portal,
Llevando llenos de frutas
El cesto y el delantal.

Los pastores de Belen
Todos juntos van por leña
Para calentar al Niño
Que nació la Noche-buena.

La Vírgen iba á Belen;
Le dió el parto en el camino,
Y entre la mula y el buey
Nació el Cordero divino.

A las doce de una noche,
Que más feliz no se vió,
Nació en un Ave-María
Sin romper el alba, el Sol.

Un pastor, comiendo sopas,
En el aire divisó
Un angel que le decia:
Ya ha nacido el Redentor.

Todos le llevan al Niño;
Yo no tengo que llevarle;
Las alas del corazon
Que le sirvan de pañales.

Todos le llevan al Niño,
Yo tambien le llevaré
Una torta de manteca
Y un jarro de blanca miel.

Una pandereta suena,
Yo no sé por dónde va,
Camina para Belen
Hasta llegar al portal.

Al ruido que llevaba,
El Santo José salió;
No me desperteis al Niño
Que ahora póco se durmió.

Pero los siguientes, por su carácter melancólico, me agradaron mucho:

Una gitana se acerca
Al pié de la Vírgen pura,
Hincó la rodilla en tierra
Y le dijo la ventura.

« Madre del Amor hermoso,
Así le dice á María,
A Egipto irás con el Niño
Y José en tu compañía.

Saldrás á la media noche,
Ocultando al Sol divino;
Pasaréis muchos trabajos
Durante todo el camino.

Os irá bien con mi gente,
Os tratarán con cariño;
Los ídolos, cuando entréis,
Caerán al suelo rendidos.

Mirando al Niño divino
Le decia enternecida:
¡Cuánto tienes que pasar,
Lucerito de mi vida!

La cabeza de este Niño,
Tan hermosa y agraciada,
Luego la hemos de ver
Con espinas traspasada.

Las manitas de este Niño,
Tan blancas y torneadas,
Luego las hemos de ver
En una cruz enclavadas.

Los piececitos del Niño
Tan chicos y sonrosados,
Luego los hemos de ver
Con un clavo taladrados.

Andarás de monte en monte
Haciendo mil maravillas,
En uno sudarás sangre,
En otro darás la vida.

La mas cruel de tus penas
Te la predigo con llanto.
Será que en tus redimidos,
Señor, hallarás ingratos.

No parece sino que el poeta popular y desconocido que compuso este villancico de

la gitanilla, quiso, á propósito del Niño Jesus, encerrar en una triste prediccion, la que ante la cuna de todos los niños puede hacerse de los sufrimientos que los esperan en la vida.

Y despues de versos tan melancólicos, los cantares concluyeron con éste que lo era más aún:

« La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se va,
Y nosotros nos irémos
Y no volveremos más. »

— Todos estos villancicos antignos son de origen español, dijo el cura, y yo advierto que la tradicion los conserva aquí constantemente como en mi país[1]. Respe-

1. En efecto, en casi todos los pueblos de la República se cantan en la Noche-buena estos villancicos, que ciertamente son de orígen español. Pueden verse todos reunidos en la preciosa coleccion de Cantos Populares, que ha publicado D. Emillo Lafuente Alcántara, académico de la Historia, con el título de *Cancionero popular*. Madrid — 1865.

tables por su antigüedad y por ser hijos de la ternura cristiana, tal vez de una madre, poetisa desconocida del pueblo, tal vez de un niño, tal vez de infelices ciegos, pero de seguro, de esos trovadores oscuros que se pierden en el torbellino de los desgraciados; yo los oígo siempre con cariño, porque me recuerdan mi infancia. Pero desearia de buena gana que los sustituyeran con otros mas filosóficos, mas adecuados á nuestras ideas religiosas actuales, mas propios para inspirar en las masas, en esta noche, sentimientos no de una álegría ó de una ternura inútiles, sino de una caridad y una esperanza siempre fecundas en la conciencia de los pueblos. Pero no hay quien se consagre á esta hermosa poesía popular, tan sencilla como bella, y ademas seria preciso que el pueblo la aceptase gustoso, para que se pudiera generalizar y perpetuar.

X

— Pero hé ahí las once y media, dijo el cura al oir el alegre repique que anunciaba la *misa de gallo*. Si usted gusta, nos dirigirémos á la iglesia, que no tardará en llenarse de gente.

Así lo hicimos: el cura se separó de mí para ir á la sacristía á ponerse sus vestidos sacerdotales. Yo penetré en la pequeña nave por la puerta principal, y me acomodé, en un rincon, desde donde pude examinarlo todo. El templo, en efecto, era pequeño como me lo habia anunciado el cura: era una verdadera capilla rústica, pero me agradó sobremanera. El techo era

de paja, pero las delgadas vigas que lo sostenian, colocadas simétricamente, y el tejido de blancos juncos que adhería á ellas la paja, estaba hecho con tal maestría por los montañeses, que presentaba un aspecto verdaderamente artístico. Las paredes eran blancas y lisas, y en las laterales, ademas de dos puertas de entrada, habia una hilera de grandes ventanas, todo lo cual proporcionaba la necesaria ventilacion. Yo me sorprendí mucho de no encontrar en esta iglesia de pueblo, lo que habia visto en todos los demas de su especie, y aun en las de las ciudades populosas y cultas, á saber: esa aglomeracion de altares de malísimo gusto, sobrecargados de ídolos, casi siempre deformes, que una piedad ignorante adora con el nombre de santos, y cuyo culto no es, en verdad, el menor de los obstáculos para la práctica del verdadero cristianismo.

En casi todos los pueblos que habia yo recorrido hasta entónces, habia tenido el disgusto de encontrar de tal manera arraigada esta idolatría, que habia acabado por desalentarme, pensando que la religion de Jesus, no era mas que la cubierta falaz de este culto, cuyo mantenimiento consume los mejores productos del trabajo de las clases pobres, que impide la llegada de la civilización y que requiere todos los esfuerzos de un gobierno ilustrado, para ser destruido prontamente. *La Reforma*, me decia yo, debe comenzar tambien por aquí, y los hombres pensadores que la proclaman y defienden, no deben descansar hasta no aplicarla á un objeto tan interesante, porque creer que las teorías se desarrollarán solas en un pueblo que tiene costumbres inveteradas, es no conocer el espíritu humano, y no comprender la historia. Se ha promulgado ya la ley de *Libertad de*

con su divinidad aun á la misma personalidad de Jesus. El dogma de esos pueblos infelices consiste en la narracion fabulosa de los milagros de su ídolo; milagros que por supuesto creen obrados por el ídolo mismo, sin intervencion de divinidades superiores. Y por eso, nada es mas comun que ver esas larguísimas caravanas de peregrinos indígenas que, con familia y todo, se dirigen á pueblos lejanos, abandonando los trabajos agrícolas, en busca del *santo* famoso á quien van á dejar el producto de sus miserables trabajos de un año.

Abolir estas prácticas; fundar la religion sobre principios mas sanos y mas útiles, es obra de la instruccion popular: pero ¡ay! esta obra tiene que ser muy lenta, si el Estado ha de realizarla solo por medio de esos apóstoles no siempre ilustrados que se llaman *maestros de escuela;* porque

último, que favorezca y garantice la libertad de todos en la profesion de la fe religiosa.

De otro modo la *libertad de conciencia* podrá ponerse en práctica en los grandes centros populosos y cultos; pero difícilmente, casi nunca, en las pequeñas poblaciones poco civilizadas que constituyen el mayor número en nuestro país. Y me decia yo esto, por que habia visto en centenares de pueblos pequeños, y particularmente en los indígenas, establecido este culto, que malamente se llama cristiano, de una manera que causaria profundo dolor al mismo Fundador del cristianismo.

Pueblos hay en los que las doctrinas evangélicas son absolutamente desconocidas, porque allí no se adora mas que á San Nicolás, San Antonio, San Pedro ó San Bartolomé, y estos santos eclipsan

con su divinidad aun á la misma personalidad de Jesus. El dogma de esos pueblos infelices consiste en la narracion fabulosa de los milagros de su ídolo; milagros que por supuesto creen obrados por el ídolo mismo, sin intervencion de divinidades superiores. Y por eso, nada es mas comun que ver esas larguísimas caravanas de peregrinos indígenas que, con familia y todo, se dirigen á pueblos lejanos, abandonando los trabajos agrícolas, en busca del *santo* famoso á quien van á dejar el producto de sus miserables trabajos de un año.

Abolir estas prácticas; fundar la religion sobre principios mas sanos y mas útiles, es obra de la instruccion popular: pero ¡ay! esta obra tiene que ser muy lenta, si el Estado ha de realizarla solo por medio de esos apóstoles no siempre ilustrados que se llaman *maestros de escuela;* porque

éstos, muchas veces, por no pugnar con el espíritu del pueblo que los sostiene y con los intereses de los curas, se plegan á las costumbres viciosas, y son, por desgracia, sus eficaces propagadores en la niñez, que será mañana, el pueblo heredero de las tradiciones.

Pero en la iglesia de aquel pueblecillo afortunado, y en presencia de aquel cura virtuoso y esclarecido, comprendí de súbito que lo que yo habia creído difícil, largo y peligroso, no era sino fácil, breve y seguro, siempre que un clero ilustrado y que comprendiese los verdaderos intereses cristianos, viniese en ayuda del gobernante.

Hé ahí á un sacerdote que habia realizado en tres años lo que la autoridad civil sola no podrá realizar en medio siglo pacíficamente. Allí no hay *santos;* allí no veía yo mas que una casa de oracion y no un

templo de idólatras; allí el espíritu, inspirado por la piedad, podia elevarse, sin distracciones, ni encomendándose á medianeros horrorosos, hácia el Criador para darle gracias y para tributarle un homenaje de adoracion.

En efecto, la pequeña iglesia no contenia mas altares que el que estaba en el fondo, y que se hallaba á la sazon adornado con un Belen, concesion que tal vez habia hecho el cura á la tierna imaginacion de sus feligreses, aun no enteramente libre de sus antiguas aficiones.

Las paredes, por todas partes, estaban lisas, y, entónces, los vecinos las habian decorado profusamente con grandes ramas de pino y de encina, con guirnaldas de flores y con bellas cortinas de heno, salpicadas de escarcha.

Noté, además, que, contra el uso comun de las iglesias mexicanas, en ésta habia

bancos para los asistentes, bancos que entónces se habian duplicado para que cupiese toda la concurrencia, de modo que ninguno de los fieles se veía obligado á sentarse en el suelo sobre el frio pavimento de ladrillo. Un órgano pequeño estaba colocado á la puerta de entrada de la nave, y pulsado por un vecino, iba á acompañar los coros de niños y de mancebos que allí se hallaban ya, esperando que comenzara el oficio.

El altar mayor era sencillo y bello. Un poco mas elevado que el pavimento; lo dividia de éste un barandal de cantería pintado de blanco. Seguia el altar, en el que ardian cuatro hermosos cirios sobre candeleros de madera, y en el fondo estaba el *Nacimiento*, es decir, un portalito rústico, con las imágenes, bastante bellas, de San José, de la Virgen y del Niño Jesus, con sus indispensables mula y toro, y peque-

ños corderos; todo rodeado de piedras llenas de musgo, de ramas de pino, de encina, de parásitas muy vistosas, de heno y de escarcha, que es, como se sabe, el adorno obligado de todo altar de Nochebuena.

Tanto este altar, como la iglesia toda, estaban bien iluminados con candelabros, repartidos de trecho en trecho, y con dos lámparas rústicas, pendientes de la techumbre.

A las doce, y al sonoro repíque á vuelo de las campanas, y á los acentos melodiosos del órgano, el oficio se comenzó. El cura, revestido con una alba muy bella y una casulla modesta, y acompañado de dos acólitos vestidos de blanco, comenzó la misa. El incienso, que era compuesto de gomas olorosísimas que se recogian en los bosques de la tierra caliente, comenzó á envolver con sus nubes el hermoso cuadro

del altar; la voz del sacerdote se elevó suave y dulce enmedio del concurso, y el órgano comenzó á acompañar las graves y melancólicas notas del canto llano, con su acento sonoro y conmovedor.

Yo no habia asistido á una misa desde mi juventud, y habia perdido con la costumbre de mi niñez, la uncion que inspiran los sentimientos de la infancia, el ejemplo de piedad de los padres y la fe sencilla de los primeros años.

Así es que habia desdeñado despues asistir á estas funciones, profesando ya otras ideas y no hallando en mi alma la disposicion que me hacia amarlas en otro tiempo.

Pero entónces, allí, en presencia de un cuadro que me recordaba toda mi niñez, viendo en el altar á un sacerdote digno y virtuoso, aspirando el perfume de una religion pura y buena, juzgué digno aquel

lugar, de la Divinidad; el recuerdo de la infancia volvió á mi memoria con su dulcísimo prestigio, y con su cortejo de sentimientos inocentes; mi espíritu desplegó sus alas en las regiones misticas de la oracion, y oré, como cuando era niño.

Parecia que me habia rejuvenecido; y es que cuando uno se figura que vuelven aquellos serenos dias de la niñez, siente algo que hace revivir las ilusiones perdidas, como sienten nueva vida las flores marchitas al recibir de nuevo el rocío de la mañana.

Tal rabbellisce le smarrite foglie
Ai mattutine geli arido fiore.

como dijo el Tasso.

La misa, por los demas, nada tuvo de particular para mí. Los pastores cantaron nuevos villancicos, alternando con los coros de niños que acompañaba el órgano.

El cura, una vez concluido el oficio, vino á hacer en lengua vulgar, delante del concurso, la narracion sencilla del Evangelio sobre el nacimiento de Jesus. Supo acompañarla de algunas reflexiones consoladoras y elocuentes, sirviéndole siempre de tema la fraternidad humana y la caridad, y se alejó del presbiterio, dejando conmovidos á sus oyentes.

El pueblo salió de la iglesia, y un gran número de personas se dirigió á la casa del alcalde. Yo me dirigí tambien allá con el cura.

XI

La casa del alcalde era ámplia, hermosa é indicaba el bienestar de su dueño. En el patio, rodeado de rústicos corredores, y plantado de castaños y nogales, se habian extendido numerosas esteras. Para los ancianos y enfermos se habia reservado el lugar que estaba al abrigo del frio, y para los demás se habia destinado la parte despejada del patio, en el centro del cual ardia una hermosa hoguera. Allí la gente robusta de la montaña podia cenar alegremente, teniendo por toldo el bellísimo cielo de invierno, que ostentaba á la sazon, en su fon-

do oscuro y sereno, su ejército infinito de estrellas.

La casa estaba coquetamente decorada con el adorno propio del dia. El heno colgaba de los árboles, entónces despojados de hojas, se enredaba en las columnas de madera de los corredores, formaba cortinas en las puertas, se tendia como alfombra en el patio, y cubria casi enteramente las rústicas mesas. Tal adorno es el favorito en estas fiestas del invierno en todas partes. Parece que la poética imaginacion popular lo escoge de preferencia en semejantes dias para representar con él las últimas pompas de la vegetacion. El heno representa la vejez del año, como las rosas representan su juventud.

El alcalde, honrado y buen anciano, padre de una numerosa familia, labrador acomodado del pueblo, presidia la cena, como un patriarca de los antiguos tiem-

pos. Junto á él nos sentábamos nosotros, es decir, el cura, el maestro de escuela y yo.

La cena fué abundante y sana. Algunos pescados, algunos pavos, la tradicional ensalada de frutas, á las que dá color el rojo betabel, algunos dulces, un *puding* hecho con harina de trigo, de maíz y pasas, y todo acompañado con el famoso y blanco pan del pueblo, hé ahí lo que constituyó ese banquete, tan variado en otras partes. Se repartió algun vino; los pastores tomaron una copa de aguardiente á la salud del alcalde y del cura, y á mí me obsequiaron con una botella de Jerez seco, muy regular para aquellos rumbos.

Concluida que fué la cena, el maestro de escuela llamó por su nombre á uno de los niños, sus alumnos, y le indicó que recitara el romance de Navidad que habia aprendido ese año. El niño fué á tomar

lugar enmedio de la concurrencia, y con gran despejo y buena declamacion, recitó lo siguíente:

Repastaban sus ganados
A las espaldas de un monte
De la torre de Belen,
Los soñolientos pastores.

Alrededor de los troncos
De unos encendidos robles,
Que restallando á los aires
Daban claridad al bosque;
En los nudosos rediles
Las ovejuelas se encogen,
La escarcha en la yerba helada
Beben, pensando que comen.

No léjos, los lobos fieros
Con sus aullidos feroces
Desafian los mastines,
Que adonde suenan responden,
Cuando las obscuras nubes
De sol coronado rompe
Un capitan celestial
De sus ejercitos nobles.

Atónitos se derriban
De si mismos los pastores,
Y por la lumbre las manos
Sobre los ojos se ponen.

Los perros alzan las frentes,
Y las ovejuelas corren,
Unas por otras turbadas
Con balidos desconformes,
Cuando el nuncio soberano
Las plumas de oro descoge,
Y enamorando los aires
Les dice tales razones:
« Gloria á Dios en las alturas,
Paz en la tierra á los hombres;
Dios ha nacido en Belen
En esta dichosa noche.

Nació de una pura Vírgen:
Buscadle, pues sabeis donde,
Que en sus brazos le hallareis
Envuelto en mantillas pobres. »

Dijo, y las celestes aves
En un aplauso conformes,
Acompañando su vuelo
Dieron al aire colores.

Los pastores convocando
Con dulces y alegres sones
Toda la tierra, derriban
Palmas y laureles nobles.

Ramos en las manos llevan,
Y coronados de flores,
Por la nieve forman sendas
Cantando alegres canciones.

Llegan al portal dichoso;
Y aunque juntos le coronen
Racimos de serafines,
Quieren que laurel le adorne.

La pura y hermosa Vírgen
Hallan diciéndole amores
Al Niño recien-nacido
Que Hombre y Dios tiene por nombre.

El santo viejo los lleva
Adonde los piés le adoren,
Que por las cortas mantillas
Los mostraba el Niño entónces.

Todos lloran de placer;
Pero ¿qué mucho que lloren
Lágrimas de gloria y pena,
Si llora el Sol por dos soles?
El Santo Niño los mira,
Y para que se enamoren
Se rie enmedio del llanto,
Y ellos le ofrecen sus dones.

Alma, ofrecedle los vuestros;
Y porque el Niño los tome,
Sabed que se envuelve bien
En telas de corazones. »

Todos aplaudieron al Niño; el cura me preguntó :

— ¿Conoce usted ese romance, capitan?

— Francamente, no; pero me agrada por su fluidez, por su correccion, y por sus imágenes risueñas y deliciosas.

— Es del famoso Lope de Vega[1], capitan. Yo desde hace tres años, he hecho que uno de los chicos de la escuela recite, despues del banquete de esta noche, una de estas buenas composiciones poéticas españolas, en lugar de los malísimos versos que habia costumbre de recitar y que se tomaban de los cuadernitos que imprimen en México y que vienen á vender por aquí los mercaderes ambulantes. Esos versillos solian ser, además de muy malos,

1. Lope de Vega Carpio — *Rimas sacras*. Puede verse tambien en el *Romancero y cancionero sagrados* que forma el tomo 35 de la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra, donde lleva este romance el número 233.

obscenos, así como los *misterios ó pastorelas* que se representaban, mas bien para poner en ridículo la escena evangélica, que para honrarla en la fiesta que la recuerda. De este modo, los niños van enriqueciendo su memoria con buenas piezas, que se hacen despues populares, y se ejercitan en la declamacion, dirigidos por mi amigo y su maestro, que es muy hábil en ella.

— Señor, respondió el maestro de escuela, dirigiéndose á mí: ya he dicho á vd. que todo lo que sé, lo debo al hermano cura; y ahora añadiré, por que es para mí muy grato recordarlo esta noche, que hoy hace justamente tres años..... Permítame, usted, hermano, que yo lo refiera; se lo ruego á vd., añadió, contestando al cura que le pedia se callase: hoy hace tres años que iba yo á ser víctima del fanatismo religioso. Era yo un infeliz preceptor de un

pueblo cercano, que habiendo recibido una educacion imperfecta, me dediqué sin embargo, por necesidad, á la enseñanza primaria, recibiendo en cambio una mezquina retribucion de doce pesos. Servia yo, ademas, de notario al cura y de secretario al alcalde, y trabajaba mucho. Pero en las horas de descanso procuraba yo ilustrar mi pobre espíritu con útiles lecturas que me proporcionaba encargando libros ó adquiriéndolos de los viajeros que solian pasar, y que, mirando mi aficion, me regalaban algunos que traían por casualidad. De este modo pasé catorce años; y como es natural, á fuerza de perseverancia, llegué á reunir algunos conocimientos, que por imperfectos que fuesen me hicieron superior á los vecinos del lugar, que me escuchaban siempre con atencion y á veces con simpatía y participando de mis opiniones. Entónces acertó á llegar de cura á este

pueblo, sustituyendo al antiguo que habia muerto, un clérigo codicioso y de carácter terrible. Comenzó á resuscitar costumbres que iban olvidándose, y á imponer gabelas que no existian; todo, por supuesto invocando la religion. Trató desde luego de ponerme bajo su inspeccion; desaprobó mi método de enseñanza; me ordenó suspender las clases de lectura, escritura, geografía y gramática que habia establecido, reduciéndose á enseñar solo la doctrina, y acabó por querer tambien asesorar á la autoridad municipal en todos sus asuntos, pero en su propio interés, y tanto, que con motivo de las nuevas leyes dadas por el gobierno liberal, predicó la desobediencia y aun se puso de acuerdo con las partidas de rebeldes que por ese rumbo aparecieron luchando contra la *Constitucion*. Yo entonces creí conveniente advertir á la autoridad el peligro que habia en escuchar las

sugestiones del cura, y me manifesté opuesto á sujetarme á sus órdenes en cuanto á la enseñanza de mis niños. Por otra parte, como el inventaba fiestecitas y sacaba á luz nuevos santos con el objeto de aprovecharse de los donativos, que por diversos motivos adquiria además, pues no administraba los sacramentos sin recibir en cambio reses, semillas ó dinero, yo, inspirado de un sentimiento de rectitud, me manifesté disgustado y hablé sobre ello á los vecinos; pero el cura habia trabajado con habilidad en la conciencia de esos infelices, y haciendo mérito de varias opiniones mias opuestas al fanatismo y á la idolatria que reinaban de antemano allí, me presentó como un hereje, como un maldito de Dios y como un hombre abominable. Yo nada pude hacer para contrarestar aquella hostilidad; las autoridades no me sostenian, subyugadas por el cura como

lo estaban, y me resigné á los peligros que me traía mi independencia de carácter. No aguardé mucho tiempo. Al llegar la Noche Buena de hace tres años, el pueblo, embriagado y excitado por un sermon del cura, se dirigió á mi casa, me sacó de ella y me llevó á una barranca cercana á esta poblacion para matarme. ¡Figúrese vd. la afliccion de mi mujer y de mis hijos! Pero el mas grandecito de ellos, iluminado por una idea feliz, corrió á este pueblo, donde hacia poco habia llegado el hermano cura aquí presente y que me habia dado muestras de amistad las diversas veces que habia ido á ver mi escuela. Mi hijo le avisó del peligro que yo corria, y no se necesitó más; vino á salvarme. En manos de aquellos furiosos caminaba yo maniatado, y ya habia llegado á la barranca, con el corazon presa de una angustia espantosa, por mi familia; ya aquellos hombres, ébrios y en-

gañados se precipitaban á darme la muerte por hereje y maldito, cuando se detuvieron llenos de un terror y de un respeto solo comparables á su ferocidad. Iba á amanecer, y la indecisa luz de la madrugada alumbraba aquel cuadro de muerte, cuando de súbito se apareció en lo alto de una pequeña colina cercana, un sacerdote, vestido de negro, que hacia señas y que se acercaba al grupo apresuradamente. Seguíanle este mismo señor alcalde, que entonces lo era tambien, y un gran grupo de vecinos. El hermano cura llegó, se encaró con mis verdugos y les preguntó porque iban á matarme.

— Por hereje, señor cura, le respondieron: este hombre no cree en Dios, ni es cristiano, ni va á misa, ni respeta á nuestros santos, y es enemigo del *padrecito* de nuestro pueblo, y éste nos ha dicho que era bueno que lo matáramos, para quitarnos

este diablo de la poblacion que se está *salando* con su presencia.

Ya supondrá vd., capitan, lo que el hermano cura les diria. Su voz indignada, pero tranquila, resonaba en aquel momento como una voz del cielo. Les echó en cara su crímen; los humilló; los hizo temblar; los convenció, y los obligó á ponerse de rodillas para pedir perdon por su delito. Yo creo que temian que un rayo los redujera á cenizas. Se apresuraron á desatarme; me entregaron libre al cura, quien me abrazó llorando de emocion; vinieron á suplicarme que los perdonara y en ese momento apareció mi infeliz mujer, jadeando de fatiga, gritando y mostrando en sus brazos á mi hijo mas pequeño, implorando piedad para mí. Al verme libre; al ver á un cura, á quien reconoció desde luego, lo comprendió todo: corrió á mis brazos, y no pudiendo más, perdió el sentido. Aque-

lla gente estaba atónita; el hermano cura que habia recibido en sus brazos á mi pequeña criatura, lloraba en silencio, y todo el mundo se habia arrodillado. En ese momento salió el sol, y parecia que Dios fijaba en nosotros su mirada inmensa.

¡Ah, señor capitan! ¡como olvidar semejante noche! La tengo grabada en el alma de una manera constante; y si alguna vez he creido ver la sublime imágen de Jesucristo sobre la tierra, ha sido esa, en que el hermano cura me salvó á mí de la muerte, á toda una familia infeliz de la orfandad, y á aquellos desgraciados fanáticos, del infierno de los remordimientos.

— Y nosotros, dijo el alcalde, llorando con una voz conmovida pero resuelta, y dirigiéndose al concurso que escuchaba enternecido; nosotros allí mismo hemos jurado no permitir jamás, aun á costa de

nuestras vidas, que se mate á nadie: no digo á un inocente, pero ni á un criminal, ni á un salteador, ni á un asesino. El hermano cura nos convenció para siempre de que los hombres no tenemos derecho de privar de la vida á ninguno de nuestros semejantes; de manera que si la ley manda ajusticiar á alguno de sus delitos, que ella lo haga, pero fuera de nuestro pueblo: aquí hemos de procurar que nunca se haga tal cosa, porque el pueblo se mancharía; y para no vernos en esa vergüenza y en ese conflicto, lo que tenemos que hacer es ser honrados siempre.

— ¡Siempre! ¡siempre! resonó por todas partes, pronunciado hasta por la voz de los niños.

El cura me apretaba la mano fuertemente, y yo besé la suya, que regué con unas lágrimas que hacia años no habia podido derramar.

Cuando hubo pasado aquel momento de profunda emocion, el cura se apresuró á presentarme á dos personas respetabilísimas, sentadas cerca de nosotros y que no habian sido las que ménos se conmovieran con el relato del maestro de escuela. Estas dos personas eran un anciano vestido pobremente de estatura pequeña, pero en cuyo semblante, en que podian descubrirse todos los signos de la raza indígena pura, habia un no sé qué que inspiraba profundo respeto. La mirada era humilde y serena; estaba casi ciego, y la melancolía del indio parecia de tal manera característica á ese rostro, que se hubiera dicho que jamas una sonrisa habia podido iluminarlo.

Los cabellos del anciano eran negros, largos y lustrosos, á pesar de la edad; la frente elevada y pensativa; la nariz aguileña; la barba poquísima y la boca severa.

OHIO
OF

El tipo, en fin, era el del habitante antiguo de aquellos lugares, no mezclado para nada con la raza conquistadora. Llamábanle el tio Francisco. Era el modelo de los esposos y de los padres de familia. Habia sido acomodado en su juventud; y aunque ciego despues y combatido por la más grande miseria, habia opuesto á estas dos calamidades tal resignacion, tal fuerza de espíritu y tal constancia en el trabajo, que se habia hecho notable entre los montañeses, quienes le señalaban como el modelo del varon fuerte. La rectitud de su conciencia, y su instruccion no vulgar entre aquellas gentes, así como su piedad acrisolada, le habian hecho el consultor nato del pueblo, y á tal punto se llevaba el respeto por sus decisiones, que se tenia por inapelable el fallo que pronunciaba el tio Francisco en las cuestiones sometidas á su arbitraje patriarcal. No pocas veces

las autoridades acudian á él en las graves dificultades que se les ofrecian; y su pobre cabaña en la que se abrigaba su numerosa familia, sujeta casi siempre á grandes privaciones, estaba enriquecida por la virtud y santificada por el respeto popular. El anciano indígena era el único, ántes de la llegada del cura, que dirimia las controversias sobre tierras, á quien se llevaban las quejas de las familias, de consultas sobre matrimonios y sobre asuntos *de conciencia*, y jamas un vecino tuvo que lamentarse de su decision, siempre basada en un riguroso principio de justicia. Despues de la llegada del cura, éste habia hallado en el tio Francisco su mas eficaz auxiliar en las mejoras introducidas en el pueblo, así como su mas decidido y virtuoso amigo. En cambio, el patriarca montañes profesaba al cura un cariño y una admiracion extraordinarios; gustaba mucho de oírle

hablar sobre religion, y se consolaba en las penas que le ocasionaban su ceguera y su pobreza, escuchando las dulces y santas palabras del jóven sacerdote.

La otra persona era la mujer del tio Francisco, una virtuosísima anciana, indígena tambien y tan resignada, tan llena de piedad como su marido, á cuyas virtudes añadia las de un corazon tan lleno de bondad, de una laboriosidad tan extremada, de una ternura maternal tan ejemplar y de una caridad tan ardiente, que hacian de aquella singular matrona una santa, un angel. El pueblo entero la reputaba como su joya mas preciada, y tiempo hacia que su nombre se pronunciaba en aquellos lugares como el nombre de un genio benéfico. Se llamaba la tia Juana, y tenia siete hijos.

El cura, que me daba todos estos informes, me decia :

— No conocí á mi virtuosa madre; pero tengo la ilusion de que debió parecerse á esta señora en el carácter, y de que si hubiera vivido habria tenido la misma serena y santa vejez que me hace ver en derredor de esa cabeza venerable una especie de aureola. Note usted ¡qué dulzura de mirada, qué corazon tan puro revela esa sonrisa! ¡qué alegria y resignacion en medio de la miseria y de las espantosas privaciones que parecen perseguir á estos dos ancianos! Y esta pobre mujer, envejecida más por los trabajos y las enfermedades que por la edad, flaca y pálida ahora, fué una jóven dotada de esa gracia sencilla y humilde de las montañesas de este rumbo, y que ellas conservan, como vd. ha podido ver, cuando no la destruyen los trabajos, las penas y las lágrimas.

Sin embargo, el cielo, que ha querido afligir á estos desventurados y virtuosos

viejos con tantas pruebas, les réserva una esperanza. Su hijo mayor está estudiando en un colegio, hace tiempo; y como el muchacho se halla dotado de una energía de voluntad verdaderamente extraordinaria, á pesar de los obstáculos de la miseria y del desamparo en que comenzó sus estudios, pronto podrá ver el resultado de sus afanes y traer al seno de su familia la ventura, tan largo tiempo esperada por sus padres. Tan dulce confianza alegra los dias de esa familia infeliz, digna de mejor suerte.

Al acabar de decirme esto el cura, se acercó á él la misma señora de edad que lo habia llamado aparte y hablándole cuando llegamos al pueblo. Iba seguida de una jóven hermosísima, la mas hermosa tal vez de la aldea. La examiné con tanta atencion, cuanto que la suponia, como era cierto, la heroina de la historia de amor que iba á

desenlazarse esa noche, segun me anunció el cura.

Tenia como veinte años, y era alta, blanca, gallarda y esbelta como un junco de sus montañas. Vestía una finísima camisa adornada con encajes, segun el estilo del país, enaguas de seda de color oscuro; llevaba una pañoleta de seda encarnada sobre el pecho, y se envolvia en un rebozo fino, de seda tambien, con larguísimos flecos morados. Llevaba ademas, pendientes de oro; adornaba su cuello con una sarta de corales y calzaba zapatos de seda muy bonitos. Revelaba, en fin, á la jóven labradora, hija de padres acomodados. Este traje gracioso de la vírgen montañesa, la hizo mas bella á mis ojos, y me la representó por un instante como la Ruth del idilio bíblico, ó como la esposa del *Cantar de los Cantares*.

La jóven bajaba á la sazon los ojos, é

inclinaba el semblante llena de rubor; pero cuando lo alzó para saludarnos, pude admirar sus ojos negros, aterciopelados y que velaban largas pestañas, así como sus mejillas color de rosa, su nariz fina y sus labios rojos, frescos y sensuales. ¡Era muy linda!

¿Qué penas podria tener aquella encantadora montañesa? Pronto iba á saberlo, y á fé que estaba lleno de curiosidad.

La señora mayor se acercó al cura y le dijo:

—Hermano, vd. nos habia prometido que Pablo vendria.... ¡y no ha venido! La señora concluyó esta frase con la mas grande afliccion.

— Sí: ¡no ha venido! repitió la jóven, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Pero el cura se apresuró á responderles.

— Hijas mias, yo he hecho lo posible, y tenia su palabra; pero ¿acaso no está entre los muchachos?

— No, señor, no está, replicó la jóven; ya lo he buscado con los ojos y no lo veo.

— Pero, Cármen, hija, añadió el alcalde, no te apesadumbres, si el hermano cura te responde, tú hablarás con Pablo.

— Sí, tio; pero me habia dicho que seria hoy, y lo deseaba yo, porque vd. recuerda que hoy hace tres años que se lo llevaron, y como me cree culpable, deseaba yo en este dia pedirle perdon.... ¡Harto ha padecido el pobrecito!

— Amigo mio, dije yo al cura, ¿podria vd. decirme qué pena aflige á esta hermosa niña y por qué desea ver á esa persona? Vd. me habia prometido contarme esto, y mi curiosidad está impaciente.

— ¡Oh! es muy fácil, contestó el sacerdote; y no creo que ellas se incomoden. Se trata de una historia muy sencilla, y que referiré á vd. en dos palabras, porque la sé por esta muchacha y por el mancebo en cuestion. Siéntense vds., hijas mias, mientras refiero estas cosas al señor capitan, añadió el cura, dirigiéndose á la señora y á Cármen, quienes tomaron un asiento junto al alcalde.

— Pablo era un jóven huérfano de este pueblo, y desde su niñez habia quedado á cargo de una tia muy anciana, que murió hace cuatro años. El muchacho era trabajador, valiente, audaz y simpático, y por eso lo querian los muchachos del pueblo; pero él se enamoró perdidamente de esta niña Cármen, que es la sobrina del señor alcalde, y una de las jóvenes mas virtuosas de toda la comarca.

Cármen no correspondió al efecto de

Pablo, sea por que su educacion, extremadamente recatada, la hiciese muy tímida todavía para los asuntos amorosos, sea, lo que yo creo mas probable, que la asustaba la lijereza de carácter del jóven, muy dado á galanteos, y que habia ya tenido varias novias á quienes habia dejado por los mas ligeros motivos.

Pero la esquivez de Cármen no hizo mas que avivar el amor de Pablo, ya bastante profundo, y que él ni podia ni trataba de dominar.

Seguia á la muchacha por todas partes, aunque sin asediarla con importunas manifestaciones. Recogia las mas exquisitas y bellas flores de la montaña, y venia á colocarlas todas las mañanas en la puerta de la casa de Cármen, quien se encontraba al levantarse con estos hermosos ramilletes, adivinando por supuesto qué mano los habia colocado allí. Pero todo era en vano:

Cármen permanecia esquiva y aun aparentaba no comprender que ella era el objeto de la pasion del jóven. Este, al cabo de algun tiempo de inútil afan, se apesadumbró, y quizás para olvidar, tomó un mal camino, muy mal camino.

Abandonó el trabajo, contentóse con ganar lo suficiente para alimentarse y se entregó á la bebida y al desórden. Desde entónces aquel muchacho tan juicioso ántes, tan laborioso, y á quien no se le podia echar en cara mas que ser algo ligero, se convirtió en un perdido. Perezoso, afecto á la embriaguez, irascible, camorrista y valiente como era, comenzó á turbar con frecuencia la paz de este pueblo, tan tranquilo siempre, y no pocas veces, con sus escándalos y pendencias, puso en alarma á los habitantes y dio que hacer á sus autoridades. En fin, era insufrible, y naturalmente se atrajo la malevolencia de los

vecinos, y con ella la frialdad, mayor todavía, de Cármen, que si compadecia su suerte, no daba muestras ningunas de interesarse por cambiarla, otorgándole su cariño.

Por aquellos dias justamente llegué al pueblo, y como es de suponerse, procuré conocer á los vecinos todos. El señor alcalde presente, que lo era entónces tambien, me dió los mas verídicos informes, y desde luego me alegró mucho de no encontrarme sino con buenas gentes, entre quienes, por sus buenas costumbres, no tendria trabajo en realizar mis pensamientos. Pero el alcalde, aunque con el mayor pesar, me dijo que no tenia mas que un mal informe que añadir á los buenos que me habia comunicado, y era sobre un muchacho huérfano, antes trabajador y juicioso, pero entónces muy perdido, y que ademas estaba causando al pueblo el grave mal de

arrastrar á otros muchachos de su edad por el camino del vicio. Respondí al alcalde que ese pobre jóven corria de mi cuenta, y que procuraria traerlo á la razon.

En efecto, lo hice llamar, lo traté con amistad, le dí excelentes consejos; él se conmovió de verse tratado así; pero me contestó que su mal no tenia remedio, y que habia resuelto mejor desterrarse para no seguir siendo el blanco de los odios del pueblo; pero que era difícil para él cambiar de conducta.

La obstinacion de Pablo, cuyo orígen comprendia yo, me causó pena, porque me reveló un carácter apasionado y enérgico, en el que la contrariedad, lejos de estimularle, le causaba desaliento, y en el que el desaliento producia la desesperacion. Fueron, pues, vanos mis esfuerzos.

Yo sabia muy bien lo que Pablo necesitaba para volver á ser lo que habia sido. La esperanza en su amor habria hecho lo que no podia hacer la exhortacion más elocuente; pero esta esperanza no se le concedia, ni era fácil que se le concediese, pues cada dia que pasaba, Cármen se mostraba mas severa con él, á lo que se agregaba que la señora madre de ella y el alcalde su tio, no cesaban de abominar la conducta del muchacho, y decian frecuentemente que primero querian ver muerta á su hija y sobrina, que saber que ella le profesaba el menor cariño.

Ademas, como los mancebos mas acomodados del pueblo deseaban casarse con Cármen, y solo los contenia para hacer sus propuestas el miedo que tenian á Pablo, cuyo valor era conocido y cuya desesperacion le hacia capaz de cualquiera locura, se hacia urgente tomar una providencia

para desembarazarse de un sugeto tan pernicioso.

Pronto se presentó una oportunidad para realizar este deseo de los deudos de Cármen. Habia estallado la guerra civil, y el gobierno habia pedido á los distritos de este Estado un cierto número de reclutas para formar nuevos batallones. Los prefectos los pidieron á su vez á los pueblos, y como éste es pequeño, su gente muy honrada y laboriosa, la autoridad solo exigió al alcalde que le mandase á los vagos y viciosos. Ya conoce usted la costumbre de tener el servicio de las armas como una pena, y de condenar á él á la gente perdida. Es una desgracia.

— Y muy grande, respondí: semejante costumbre es nociva, y yo deseo que concluya cuanto antes esta guerra, para que el legislador escogite una manera

de formar nuestro ejército sobre bases mas conformes con nuestra dignidad y con nuestro sistema republicano.

— Pues bien, continuó el cura. Por aquellos dias, la antevíspera de la Nochebuena, se presentó aquí un oficial con una partida de tropa, con el objeto de llevarse á sus reclutas. El pueblo se conmovió, temiendo que fueran á diezmarse las familias, los jóvenes se ocultaron y las mujeres lloraban. Pero el alcalde tranquilizó á todos diciendo que el prefecto le daba facultad para no entregar mas que á los viciosos, y que no habiendo en el lugar mas que uno, que era Pablo, ese seria condenado al servicio de las armas. É inmediatamente mandó aprehenderlo y entregarlo al oficial.

Dióme tristeza la disposicion del alcalde cuando la supe, pero no era posible evitarla ya, y ademas la aprehension de Pablo,

era el pararrayos que salvaba á los demas jóvenes del pueblo.

Algunas gentes compadecieron al pobre muchacho; pero ninguno se atrevió á abogar por su libertad, y el oficial lo recibió preso.

Parece que Pablo, en la noche del dia 23, burlando la vigilancia de sus custodios, y merced á su conocimiento del lugar y á su agilidad montañesa, pudo escaparse de su prision, que era la casa municipal, donde la tropa se habia acuartelado, y corrió á la casa de Cármen: llamó á ésta y á la madre, que asustadas, acudieron á la puerta á saber qué queria. Pablo dijo á la jóven, que así como habia venido á hablarla, podia muy bien huir á las montañas; pero que deseaba saber, ya en esos momentos muy graves para él, si no podia abrigar esperanza ninguna de ser correspondido, pues en este caso se resignaria

á su suerte, é iria á buscar la muerte en la guerra; y si sintiendo por él algun cariño Cármen, se lo decia, se escaparia inmediatamente, procuraria cambiar de conducta y se haria digno de ella.

Cármen reflexionó un momento, habló con la madre y respondió, aunque con pesar, al jóven, que no podia engañarlo; que no debia tener ninguna esperanza de ser correspondido; que sus parientes lo aborrecian, y que ella no habia de querer darles una pesadumbre reteniéndolo, particularmente cuando no tenia confianza en sus promesas de reformarse, porque ya era tarde para pensar en ello. Así es, que sentia mucho su suerte, pero que no estaba en su mano evitarla.

Oyendo esto, Pablo se quedó abatido, dijo adios á Cármen, y se alejó lentamente para volver á su prision.

— ¡Ay! Así fué, dijo Cármen sollozan-

do; yo tuve la culpa.... de todo lo que ha padecido....

— Pero, hija, replicó la señora; si entónces era tan malo....

— Al dia siguiente, continuó el cura, á las ocho de la mañana, el oficial salió con su partida de tropa, batiendo marcha y llevando entre filas y atado al pobre muchacho, que inclinaba la frente entristecido, al ver que las gentes salian á mirarlo.

— ¡Adios, Pablo!... repetian las mujeres y los niños asomándose á la puerta de sus cabañas; pero él no oyó la voz querida ni vió el semblante de Cármen entre aquellos curiosos.

En la noche de ese dia 24 se hizo la funcion de Noche-buena, y se dispuso la cena en este mismo lugar; pero habiendo comenzado muy alegre, se concluyó tristemente, porque al llegar la hora de la ale-

gría; del baile y del bullicio, todo el mun do echó de ménos al alegre muchacho, que aunque vicioso, era el alma, por su humor ligero; de las fiestas del pueblo.

— ¡Ay! ¡pobrecito de Pablo! ¿En donde estará á estas horas? preguntó álguien.

— ¡En dónde ha de estar! respondió otro.... en la cárcel del pueblo cercano; ó bien desvelado por el frio, y bien amarrado, en el monte donde hizo jornada la tropa.

No bien hubo oido Cármen estas palabras, cuando no pudo mas y rompió á llorar. Se habia estado conteniendo con mucha pena, y entonces no pudo dominarse. Esto causó mucha sorpresa, porque era sabido que no queria á Pablo, de modo que aquel llanto hizo pensar á todos, que aunque la muchacha le mostraba aversion

por sus desórdenes, en el fondo lo queria algo.

El señor alcalde se enfadó, lo mismo que la señora, y se retiraron, concluyéndose en seguida la cena de esa manera tan triste.

Han pasado ya tres años. No volvimos á tener noticias de Pablo, hasta hace cinco meses, en que volvió á aparecer en el pueblo; se presentó al alcalde enseñando su pasaporte y su licencia absoluta, y pidiendo permiso para vivir y trabajar en un lugar de la montaña, á seis leguas de aquí.

En dos años se habia operado un gran cambio en el carácter, y aun en el físico de Pablo. Habia servido de soldado, se habia distinguido entre sus compañeros por su valor, su honradez y su instruccion militar, de modo que habia llegado hasta ser oficial en tan poco tiempo. Pero

habiendo recibido muchas heridas en sus campañas, heridas de las que todabia sufre, pidió su licencia para retirarse á descansar de los trabajos de la guerra, y sus gefes se la concedieron con muchas recomendaciones.

Pablo no tardó mas que algunas horas en el pueblo, cambió su traje militar por el del labrador montañés, compró algunas provisiones é instrumentos de labranza, y partió á su montaña sin ver á nadie, ni á Cármen, ni á mí. Retirado á aquel lugar, comenzó á llevar una vida de Robinson. Escogió la parte mas agreste de las montañas; construyó una choza, desmotó el terreno, y haciendo algunas excursiones á las aldeas cercanas, se proporcionó semillas y cuanto se necesitaba para sus proyectos.

Sus viajes de soldado, por el centro de la República le han sido muy útiles. Ha

aprovechado algunas ideas sobre la agricultura y horticultura, y las ha puesto en práctica aquí con tal éxito, que da gusto ver su *roza*, como él la llama humildemente. No, no es una simple *roza* aquella, sino una hermosa plantacion de mucho porvenir. Está muy naciente aún; pero ya promete bastante. Sus árboles frutales son exquisitos, su pequeña siembra de maiz, de trigo, de chícharo y de lenteja, le ha producido de luego á luego una cosecha regular. Merced á él, hemos podido gustar fresas, como las mas sabrosas del centro, pues las cultiva en abundancia, y no parece extraño á la aficion á las flores, pues él ha sembrado por todas partes violetas, como las de México (y no inodoras como las de aquí), pervincas, mosquetas, malvarosas, además de todas las flores aromáticas y raras de nuestra sierra. Ha plantado un pequeño viñedo, y á él he encargado

precisamente de cuidar mis moreras nacientes y que están colocadas en otro lugar mas á propósito por su temperatura. En suma, es infatigable en sus tareas, parece poseido por una especie de fiebre de trabajo. Se diria que desea demostrar al pueblo que lo arrojó de su seno por su conducta, que no merecia aquella ignominia, y que en su mano estaba volver al buen camino, si la persona á quien habia hecho tal promesa, hubiera dado crédito á sus palabras.

Los pastores de los numerosos rebaños que pastan en estas cercanías, como he dicho á usted, lo adoran, porque apenas se ha sentido la presencia de una fiera en tal ó cual lugar, por los daños que hace, cuando Pablo se pone voluntariamente en su persecucion y no descansa hasta no traerla muerta á la majada misma que sirve de centro al rebaño perjudicado. Y Pablo no

acepta jamas la gratificacion que es costumbre dar á los otros cazadores de fieras dañinas, sino que despues de haber traido muertos al tigre, al lobo ó al leopardo, ó de haber avisado á los pastores en que lugar queda tendido, se retira sin hablar mas. Esta singularidad de carácter, junta á su rara generosidad y á su valor temerario, han acabado por granjearle el cariño de todo el mundo; solo que nadie puede expresárselo como quisiera, porque Pablo huye de las gentes, pasa los dias en una taciturnidad sombría; y á pesar de que padece mucho todavia á causa de sus heridas, á nadie acude para curarse limitándose á pedir á los labradores montañeses ó á los aldeanos que pasan, algunas provisiones á cambio del producto de su plantacion. Cerca de ésta tiene su pequeña cabaña, rodeada de rocas que él ha cubierto con musgo y flores: allí vive como un er-

mita ó como un salvaje, trabajando durante el dia, leyendo algunos libros en algunos ratos, de noche, y siempre combatido por una tristeza tenaz.

Conmovido yo por semejante situacion, he ido á verlo algunas veces. El me espera, me obsequia, me escucha, pero se resiste siempre á venir al pueblo. Un dia, en que supe que estaba postrado y sufriendo á consecuencia de sus heridas y de la entrada del invierno, quise llevar conmigo á la señora madre de Cármen para que esto le sirviese de consuelo; pero él apenas nos divisó á lo léjos, huyó á lo mas escabroso y escondido de la sierra, y no pudimos hacer otra cosa que dejarle algunas medicinas y provisiones, retirandonos llenos de sentimiento por no haberle visto.

— Pero ese muchacho interrumpí, va á acabar por volverse loco, llevando seme-

jante vida, parecida á la que hacia Amadís; es preciso sacarlo de ella.

— Indudablemente, contestó el cura; eso mismo he pensado yo y he puesto los medios para que termine. Usted habrá comprendido cual debia ser el único eficaz, porque á mí no se me oculta que Pablo ha seguido amando á esta muchacha, con mas fuerza cada dia; solo que, altivo por carácter, y resentido en lo profundo de su alma por lo que habia pasado, no puede ya pensar en el objeto de su cariño sin que la sombra de sus recuerdos venga luego á renovar la herida y á engendrarle esa desesperacion que se ha convertido en una peligrosa melancolía.

— Pero en fin.... esta niña.... pregunté yo con una rudeza en que habia mucho de curiosidad. Cármen no respondió; se cubria el rostro con las manos y sollozaba.

— ¡Ah! entiendo, señor cura, continué; entiendo: y ya era tiempo, porque la suerte de ese infeliz amante me iba afligiendo de una manera....

— Como usted me concederá tambien, repuso el cura, yo no podia hacer otra cosa, aun conociendo la verdadera pena de Pablo, que aguardar á mi vez, porque por nada de este mundo hubiera querido hablar á Cármen de los sufrimientos del jóven; temia ser la causa de que esta sensible y buena muchacha se resolviera á hacer un sacrificio *por compasion* hácia Pablo, ó bien que llegase á tenerle un poco de cariño originado por la misma *compasion*. Usted, capitan, en su calidad de hombre de mundo, estimará desde luego el valor que podria tener un *amor de compasion*. Nada hay mas frágil que esto, y nada que acarrée mas desgracias á los corazones que aman.

Yo deseaba saber si Cármen habia amado á Pablo antes, y á pesar de sus defectos, aunque lo hubiera ocultado aun á sí misma por recato y por respeto á la opinion de sus parientes. Si no hubiera sido así, yo deseaba al menos que hoy lo amara, convencida de sus virtudes y estimando en lo que vale su noble carácter un poco fiero, es verdad, pero digno y apasionado siempre.

Mientras yo no supiera esto, me parecia peligrosa toda gestion que hiciera para favorecer á mi protegido; y ni á éste dije jamas una sola palabra de ello, como él tampoco me dejó conocer nunca, ni en la menor expresion, el verdadero motivo de sus padecimientos y de su soledad.

Hice bien en esperar: el amor, el verdadero amor, el que por mas obstáculos que encuentre llega por fin á estallar, vino pronto en mi auxilio.

Un dia, hace apenas tres, el señor alcalde vino á verme á mi casa, me llamó aparte y me dijo:

— Hermano cura, necesitamos mi familia y yo de la bondad de usted, porque tenemos un asunto grave, y en el que se juega tal vez la vida de una persona que queremos muchísimo.

— ¿Pues qué hay, señor alcalde? le pregunté asustado.

— Hay, hermano cura, que la pobre Cármen, mi sobrina, está enamorada, muy enamorada, y ya no puede disimularlo ni tener tranquilidad: está enferma, no tiene apetito, no duerme, no quiere ni hablar.

— ¿Es posible? pregunté yo alarmadísimo, porque temí una revelacion enteramente contraria á mis esperanzas. ¿Y de quién está enamorada Cármen, puede decirse?

— Sí, señor, puede decirse, y á eso vengo precisamente. Ha de saber usted, que cuando Pablo, ya sabe usted, Pablo, el soldado, la pretendia hace algunos años, mi hermana y yo, que no queriamos al muchacho por desordenado y ocioso, procuramos sin embargo averiguar si ella le tenia algun cariño, y nos convencimos de que no le tenia ninguno, y de que le repugnaba lo mismo que á nosotros. Por eso yo me resolví á entregarlo á la tropa, pues de ese modo quitábamos del pueblo á un sugeto nocivo y libraba yo á mi sobrina de un impertinente. Pero usted se acordará de aquella misma Noche-buena en que, al hablar de Pablo en mi casa, cuando estábamos cenando, Cármen se echó á llorar. Pues bien: desde entónces su madre se puso á observarla dia á dia; y aunque de pronto no le siguió conociendo nada extraordinario, despues se persuadió de que

su hija queria al mancebo. Y se persuadió, porque Cármen no quiso nunca oír hablar de casamiento, ni dió oídos á las propuestas que le hacian varios muchachos honrados y acomodados del pueblo. Cuando se hablaba de Pablo, Cármen se ponia descolorida, triste, y se retiraba á su cuarto; y en fin, no hablaba de él jamas, pero parece que no lo olvidó nunca.

Así ha pasado todo este tiempo; pero desde que volvió Pablo, mi sobrina ha perdido enteramente la tranquilidad: el dia en que supo que estaba aquí, todos advertimos su turbacion aunque no sabiamos bien si era la alegría, ó el susto, ó la sorpresa lo que la habia puesto así. Despues, cuando ha sabido la clase de vida que hace Pablo en la montaña, suspiraba, y á veces lloraba, hasta que por fin mi hermana se ha resuelto ahora á preguntarle con franqueza lo que tiene y si quiere á ese mance-

bo. Cármen le ha respondido que sí lo quiere; que lo ha querido siempre, y que por eso se halla triste; pero que cree que Pablo la ha de aborrecer ya, porque la ha de considerar como la causa de todos sus padecimientos, y eso, lo indica el no querer venir al pueblo, ni verla para nada. Que ella desearia hablarle, solo para pedirle perdon, si lo ha ofendido, y para quitarle del corazon esa espina, pues no estará contenta mientras él tenga rencor. Esto es lo que pasa, hermano; y ahora vengo á rogar á usted que vaya á ver á Pablo y lo obligue á venir, con el pretexto de la cena de pasado mañana, para que Cármen le hable, y se arregle alguna otra cosa, si es posible, y si el muchacho todavia la quiere; porque yo tengo miedo de que mi sobrina pierda la salud si no es así.

Ya vd. comprenderá, capitan, mi alegría: ni preparado por mí hubiera salido

mejor esto. Aproveché una salida del pueblo para una confesion; corrí á la montaña; ví á Pablo; le insté por que viniera, y me lo ofreció.... extraño mucho que no haya cumplido.

Al decir esto el cura, un pastor atravesó el patio y vino á decir al cura y al alcalde que Pablo estaba descansando en la puerta del patio, porque habiendo estado muy enfermo y habiendo hecho el camino muy poco á poco, se habia cansado mucho.

Un grito de alegría resonó por todas partes: el alcalde y el cura se levantaron para ir al encuentro del jóven; la madre de Cármen se mostró muy inquieta, y ésta se puso á temblar, cubriéndose su rostro de una palidez mortal....

— Vamos, niña, le dije, tranquilícese vd.; debe tener el corazon como una roca ese muchacho si no se muere de amor delante de vd.

Cármen movió la cabeza con desconfianza, y en este instante el alcalde y el cura entraron trayendo del brazo á un jóven alto, moreno, de barba y cabellos negros, que realzaba entonces una gran palidez, y en cuya mirada, llena de tristeza, podia adivinarse la firmeza de un carácter altivo.

Era Pablo.

Venia vestido como los montañeses, y se apoyaba en un baston largo y nudoso.

— ¡Viva Pablo! gritaron los muchachos arrojando al aire sus sombreros; las mujeres lloraban, los hombres vinieron á saludarlo. El alcalde lo condujo á donde se hallaban su hermana y sobrina, diciéndole.

— Ven por acá, picaruelo, aquí te necesitan: si tienes buen corazon nos has de perdonar á todos.

Pablo, al ver á Cármen, pareció vacilar de emocion, y se aumentó su palidez; pero reponiéndose, dijo todo turbado.

— ¡Perdonar, señor! ¿y de qué he de perdonar? ¡Al contrario, yo soy quien tiene que pedir perdon de tanto como he ofendido al pueblo....!

Entonces se levantó Cármen, y trémula y sonrojada, se adelantó hácia el jóven, é inclinando los ojós, le dijo:

— Sí, Pablo, te pedimos perdon; yo te pido perdon por lo de hace tres años.... yo soy la causa de tus padecimientos.... y por eso, bien sabe Dios lo que he llorado. Te ruego que no me guardes rencor.

La jóven no pudo decir mas, y tuvo que sentarse para ocultar su emocion y sus lágrimas.

Pablo se quedó atónito. Evidentemente en su alma pasaba algo extraordinario, porque se volvia de un lado y de otro para

cerciorarse de que no estaba soñando. Pero un instante despues, y oyendo que la madre de Cármen, con las manos juntas en actitud suplicante decia:

— ¡Pablo, perdónala! dejó escapar de sus ojos dos gruesas lágrimas, é hizo un esfuerzo para hablar.

— Pero, señora, respondió; pero, Cármen; ¿quién ha dicho á vds. que yo tenia rencor? ¿Y por qué habia de tenerlo? Era yo vicioso, señor alcalde, y por eso me entregó vd. á la tropa. Bien hecho: de esa manera me corregí y volví á ser hombre de bien. Era yo un ocioso y un perdido, Cármen: tú eres una niña virtuosa y buena, y por eso cuando te hablé de amor me dijiste que no me querias. Muy bien hecho; ¿y qué obligacion tenias tú de quererme? Bastante hacias ya, con no avergonzarte de oír mis palabras. Yo soy quien te pido perdon, por haber sido atrevido contigo, y

por haber estorbado quizas en aquel tiempo que tú quisieras al que te dictaba tu corazon. Cuando yo considero esto, me da mucha pena.

— ¡Oh! no, eso no, Pablo, se apresuró á replicar la jóven; eso no debe afligirte, porque yo no queria á nadie entonces..... ni he querido despues.... añadió avergonzada; y si no, pregúntalo en el pueblo... te lo juro, yo no he querido á nadie.....

— Mas que á usted, amigo Pablo, me atreví yo á decir con resolucion, é impaciente por acercar de una vez aquellos dos corazones enamorados. Vamos, añadí, aquí se necesita un poco del carácter militar para arreglar este asunto. Vd. que lo ha sido, ayúdeme por su lado. Lo sé todo; sé que vd. adora á esta niña, y da vd. en ello prueba de que vale mucho. Ella lo ama á vd. tambien, y si no que lo digan esas lágrimas que derrama, y esos padecimientos

que ha tenido desde que usted se fué á servir á la Patria. Sean vds. felices ¡qué diantre! ya era tiempo, porque los dos se estaban muriendo por no querer confesarlo. Acérquese vd., Pablo, á su amada, y dígale que es vd. el hombre mas feliz de la tierra: aparte vd. esas manos, hermosa Cármen, y deje á este muchacho que lea en esos lindos ojos todo el amor que vd. le tiene; y que el juez y el señor cura se den prisa por concluir este asunto.

Los dos amantes se estrecharon la mano sonriendo de felicidad, y yo recibí una ovacion por mi pequeña arenga, y por mi manera franca de arreglar matrimonios. Los pastores cantaron y tocaron alegrísimas sonatas en sus guitarras, zampoñas y panderos; los muchachos quemaron petardos, y los repiques á vuelo con que en ese dia se anuncia el toque del alba, invitando á los fieles á orar en las primeras

horas del gran dia cristiano, vinieron á mezclarse oportunamente al bullicioso concierto.

Al escuchar entónces el grave tañido de la campana, que sonaba lento y acompasado, indicando la oracion, todos los ruidos cesaron; todos aquellos corazones en que rebosaban la felicidad y la ternura, se elevaron á Dios con un voto unánime de gratitud, por los beneficios que se habia dignado otorgar á aquel pueblo tan inocente como humilde.

Todos oraban en silencio: el cura preferia esto por ser mas conforme con el espíritu de sinceridad que debe caracterizar el verdadero culto, y dejaba que cada cual dirigiese al cielo la plegaria que su fé y sus sentimientos le dictasen, aunque sus lábios no repitiesen ese guirigay, muchas veces incomprensible, que los devocionarios enseñan; como si la oracion, es decir, la su-

blime comunicacion del espíritu humano con el Creador del universo, pudiese sujetarse á fórmulas.

Así pues, todos, ancianos, mancebos, niños y mujeres oraban con el mayor recogimiento. El cura parecia absorto, derramaba lágrimas, y en su semblante, honrado y dulce habia desaparecido toda sombra de melancolía, iluminándose con una dicha inefable. El maestro de escuela habia ido á arrodillarse junto á su mujer é hijos, que lo abrazaban con enternecimiento, recordando su peligro de hacia tres años; el alcalde, como un patriarca bíblico, ponia las manos sobre la cabeza de sus hijos, agrupados en su derredor; el tio Francisco y la tia Juana tambien, en medio de sus hijos, murmuraban llorando, su oracion; Gertrudis abrazaba á su hermosa hija, quien inclinaba la frente como agobiada por la felicidad, y Pablo

sollozaba, quizás por la primera vez, teniendo aun entre sus manos la blanca y delicada de su adorada Cármen, que acababa de abrir para él las puertas del paraiso. Yo mismo olvidaba todas mis penas y me sentia feliz, contemplando aquel cuadro de sencilla virtud y de verdadera y de modesta dicha, que en vano habia buscado en medio de las ciudades opulentas y en una sociedad agitada por terribles pasiones.

Cuando concluyó la orracion del alba, la reunion se disolvió, nos despedimos del digno alcalde y de los futuros esposos, quienes se quedaron con él á concluir la velada, así como otros muchos vecinos; y nos fuimos á descansar, andando apresuradamente, porque á esa hora, como era regular en aquellas alturas, durante el invierno, la nieve comenzaba á caer con fuerza, y sus copos doblegaban ya las ra-

mas de los árboles, cubrian los techos pajizos de las cabañas y alfombraban el suelo por todas partes.

Al dia siguiente aun permanecí en el pueblo, que abandoné el 26, no sin estrechar contra mi corazon aquel virtuosísimo cura á quien la fortuna me habia hecho encontrar, y cuya amistad fué para mí de gran valía desde entónces.

Nunca, y usted lo habráconocido por mi narracion, he podido olvidar « aquella hermosa *Navidad*, pasada en las montañas. »

Todo esto me fué referido la noche de Navidad de 1871 por un personaje, hoy muy conocido en México, y que durante la guerra de Reforma sirvió en las filas liberales : yo no he hecho mas que trasladar al papel sus palabras.

FIN

PARIS. — IMP. V. GOUPY Y JOURDAN, RUE DE RENNES, 71.